
EL UMBRAL de la ATLANTIDA
P. DANGER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

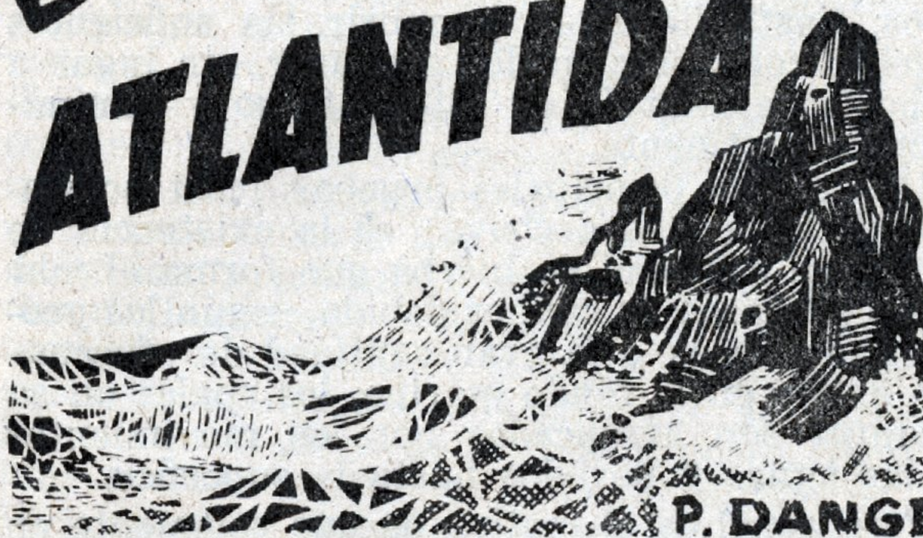
P. DANGER

EL UMBRAL DE LA ATLANTIDA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito legal V. 2.142 - 1960
printed in spain
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Núm Rgtro V. 5.144 - 1960



PRÓLOGO

Ya en la antigüedad, se encuentra en algunos relatos la mención de un continente desaparecido llamado Atlántida, situado entre la costa occidental de la Península Ibérica y el golfo de Méjico, en el lugar determinado por la corriente del Golfo (el Gulf-Stream) y la Ecuatorial del Norte, y llamado comúnmente «Mar de los Sargazos» a causa de la abundante hierba que crece en la superficie de dicho lugar.

Sin embargo, durante mucho tiempo fueron tomados estos relatos por simples fantasías de sus autores, o bien como medio de establecer sus teorías filosóficas[1].

La dificultad de encontrar el origen de los primeros pobladores de América hizo que se prestara atención a los antiguos relatos platónicos, hasta llegar a descubrir las suficientes pruebas como para poder asegurar, sin lugar a dudas, la existencia de este antiguo y semimitológico continente.

Una de las principales pruebas (casi podríamos decir la más decisiva)

es la existencia de esta gran cantidad de hierba que forma el mar de los sargazos, la cual es debida, según los geólogos modernos, a la gran cantidad de «fuccus» que existe en el fondo marino, los cuales en su madurez son arrancados por los movimientos de las aguas y llevados hasta la superficie.

Pero ¿cuál es el motivo de que solamente en esta parte del Atlántico se produzcan estos «fuccus» en tal cantidad? La única explicación plausible es la existencia, en otro tiempo, de una gran isla, la cual debido a determinados v movimientos sísmicos ocurridos en la antigüedad[2] se hundió en el mar, arrastrando consigo la vegetación que la cubría.

Un doctor escritor mejicano (el doctor Alfredo Chavero, en su obra «México a través de los siglos», tomo I, Barcelona, Espasa y C.ª) nos dice, refiriéndose a la Atlántida:

«Los trabajos más recientes de paleontología y geología revelan una Atlántida terciaria. Las conchas terciarias de los Estados Unidos son idénticas a las conchas de las capas francesas correspondientes. El examen comparativo de los insectos ha probado que gran número de especies viven todavía hoy en las dos riberas del Atlántico, y presentan apenas ligeras variaciones de Inglaterra a Alabama. Sorprendente es también la analogía de la fauna terciaria de los mismos continentes, analogía que se extiende también a la flora de la misma época. Pero la más notable prueba ha sido el estudio de los tres inmensos depósitos terciarios lacustres de la Península Ibérica...»

Ya no cabe duda de que la Atlántida ha existido. Ahora bien: ¿estuvo alguna vez habitada, o solamente fue una extensión de tierra inerme? La realidad del paso de los habitantes de Europa a América parece demostrar lo primero, pero aún no se ha llegado a confirmar con pruebas. En la actualidad, sigue siendo un misterio.

Mas si por ahora no es posible afirmar ni negar nada a este respecto, quizás el tiempo se encargue de resolver el problema, hoy por hoy insoluble...

CAPÍTULO I

Truchas y tiburones

El capitán Bonnard, de la «Compagnie de pêche de l'Atlantique», encendió su pipa. Sentado en el puente de mando, oteaba el horizonte con sus grandes y antiguos prismáticos, deseando ver de un momento a otro algún banco de peces, cosa que por desgracia no aparecía. Cansado ya, se los metió en la funda que llevaba colgada del pecho, e hizo intención de dirigirse a su camarote, dando largas y furiosas chupadas a su vieja e inseparable cachimba, Pero no pudo. Apenas había iniciado la retirada, cuando el aviso de un vigía le hizo dar un respingo:

-¡Atención! ¡Pesca a babor!

En cuatro zancadas se dirigió al lugar señalado y, arrebatándole los prismáticos al que había dado el aviso, los enfocó hacia el mar.

En efecto; no muy lejos de la nave se podía observar una gran cantidad de truchas, cuyas cabezas dartiformes sobresalían del agua unos instantes, como queriendo otear el horizonte, para hundirse después de nuevo en su elemento.

El capitán Bonnard se relamió de gozo. Hacía lo menos diez días que navegaban de vacío, sin ni siquiera encontrar a su paso un miserable banco de sardinas. Y ahora, al fin, se presentaba esta oportunidad casi única...

-¿Qué le parece, Álvarez? -se dirigió a su segundo que, como por arte de magia, había aparecido a su lado.

-Una buena pesca en perspectiva, capitán -respondió éste-. ¿Preparo los equipos?

-¿Y a qué está esperando? Ésta es una oportunidad como hay pocas, y por nada del mundo desearía perderla. ¡Adelante, hombre!

-Bien, señor -el segundo saludó, y se dirigió hacia la tripulación que permanecía atenta en sus puestos desde que había oído el grito del vigía.

Las órdenes sonaron tajantes en la boca de Álvarez, no tardando nada en ser cumplidas por los apresurados marinos, conocedores en demasía del carácter del español.

Últimamente, los métodos de pesca se habían perfeccionado de tal modo que no. era necesario que cada buque fuera equipado para una clase determinada de ésta. A ambos lados de la borda, y separados entre sí por una distancia de diez metros, se encontraban situados una especie de cañones de

largo alcance que disparaban balas narcóticas, las cuales tenían la virtud de atontar a los peces de tal manera que bastaba luego tan sólo ir a recogerlos en barcas, provistas de pequeñas redes.

A una orden de Álvarez, todos los cañones de babor fueron disparados contra el blanco, siendo recargados inmediatamente.

-¡Buen trabajo! -comentó Bonnard plácidamente, observando el efecto de los disparos.

-¡Ujú!

Álvarez no era muy explícito, se dijo a sí mismo el capitán. ¿O acaso estaba de mal humor? ¡En fin!, allá se las arreglara él solo con sus maniáticos pensamientos.

Pero el español no estaba de mal humor, ni tampoco era poco comunicativo. Su vista estaba fija en un punto situado más allá del banco de truchas. Y, de repente, lanzó una extraña orden:

-¡Disparen más allá del banco de pesca! ¡Pronto!

Los encargados de las piezas, aunque acostumbrados a las rarezas del segundo de a bordo, no dejaron de sorprenderse por la orden; pero acostumbrados también a su humor, cumplieron lo indicado con celeridad. Al instante, se elevaron del agua varias columnas allí donde hicieron impacto las balas.

-¡Sigan disparando! -aulló Álvarez.

Bonnard lo miró como si se hubiera vuelto loco, e iba a contestarle ya algo fuerte respecto al malgasto inútil de balas, así como a su elevado precio, cuando la siguiente orden del español le contuvo:

-¡Los de las barcas! ¡Acérquense más allá del banco de truchas! ¡Encontrarán varios tiburones atontados; recójanlos!

El capitán se calmó al oír aquellas últimas palabras. ¡Vaya! De modo que, además de una rica pesca de truchas, se encontraban con unos cuantos tiburones como invitados de honor.

-También son aprovechables -murmuró Álvarez-. Además, si no acabamos con ellos, ellos acaban con las truchas.

-¡Pero si yo no iba a decirle nada, hijo! -protestó Bonnard-. Todo lo que usted haga está bien hecho, ya lo sabe. Ande, váyase a dirigir la recogida de los peces; allí lo necesitan.

Y, sonriendo, le vio alejarse camino de una de las lanchas que estaban

siendo botadas.

* * *

La verdadera pesca comenzaba entonces, una vez disparados los cañones, con la recogida de los peces. Los pescadores, provistos de pequeñas redes que manejaban entre dos o tres, se dirigían al banco de peces, los cuales habían quedado en su mayoría atontados. Tiraban las redes al agua y los recogían como si fueran espuma. Apenas bastaban tres o cuatro pasadas con las lanchas, pues los peces subían a la superficie con la barriga al aire. Algunos quizás tardaran un poco en salir, debido a que el efecto de las balas narcóticas no les había alcanzado muy intensamente, pero con indefectibilidad terminaban por salir a la superficie, panza al aire, donde eran irremisiblemente atrapados.

Mientras las tres lanchas mayores se dirigían a recoger los tiburones que había indicado Álvarez, éste, con varios auxiliares, examinaba atentamente las maniobras de las barcas. Se inclinó, tomando un hermoso ejemplar que se encontraba completamente atontado al lado de la embarcación. Sólo alargar una mano y ¡suyo!

Lo sospesó con satisfacción: un buen ejemplar de trucha. Y el banco era bastante extenso, a juzgar por la gran cantidad de blancos vientres que asomaban en el agua. El capitán Bonnard no podría estar descontento de la operación.

Cuando vio que la recogida iba concluyendo, dio la orden de vuelta, con las barcas a punto de zozobrar de tanta carga. Poco después, pisaba de nuevo la cubierta, satisfecho. Todavía con la trucha que había recogido en la mano, contempló cómo las barcas iban siendo descargadas, acumulándose su contenido en los grandes depósitos especiales situados bajo cubierta, en los cuales el pescado podía ser conservado fresco indefinidamente, hasta que fuera menester.

Silbando, arrojó el pez que todavía conservaba entre las manos, limpiándose después éstas en el pantalón, y empezó a pasear por entre los marineros.

* * *

El capitán Bonnard entró en su camarote, felicitándose interiormente por su buena suerte. Tomó una botella de coñac y, llenándose un vaso hasta el borde, se sentó en la cama.

Mientras sorbía lentamente el licor, su mente se trasladó a los lejanos tiempos de su juventud. Se vio a sí mismo luciendo el uniforme de la marina francesa, distinguido y arrogante, entrar en una de las más famosas tabernas del puerto de Argel y (rechazando las insinuaciones de un par de muchachas que se le habían acercado con el sano propósito de beberse un par de copas a su costa) dirigirse al fondo del establecimiento.

Allí, le había indicado el capitán del buque en que servía, había una mujer que tenía fama de predecir el futuro a todo hombre (¡cuidado, sólo hombres!) que se lo pidiera... y le invitara a un par de copitas de «algo».

Al mencionado capitán, que en su juventud había acudido a ella con el ansia de que le predijera lo, que le reservaba el por entonces incierto futuro, le comunicó la adivina que llegaría a mandar un gran buque, con el que se cubriría de gloria y honores, y que se casaría con una mujer de alta posición social, con la cual tendría tres hijos: un niño, una niña y más tarde, otro niño. En lo único que se equivocó la adivina fue en el orden de los nacimientos, pero esto, según decía el mismo capitán, «no tenía en sí ninguna importancia».

Bonnard también había acudido a ella en demanda de revelaciones, pero con él la adivina no había acertado. Le predijo que le llegarían la fortuna y el amor al mismo tiempo, y que llegaría a mandar un gran barco (lo cual al parecer lo predecía a todos los marinos sin excepción). Efectivamente, el amor le había llegado a los veinticinco años, pero en cuanto a la fortuna...

Ahora, a sus cincuenta y siete años, ya no pensaba en que la fortuna pudiera llegarle de un momento a otro. Ahora lo único que ansiaba era el momento en que pudiera retirarse. Momento que -por desgracia- todavía estaba un poco lejos.

En este punto, sus meditaciones, se vieron interrumpidas por una llamada imperiosa a la puerta del camarote.

Renegando interiormente por el que venía a molestarle en aquellos momentos, dio la orden de «pase», para ver cómo Álvarez entraba y cerraba rápidamente la puerta a sus espaldas, trayendo un raro objeto en la mano.

* * *

Álvarez se encontraba contemplando cómo los marineros dejaban en cubierta tres magníficos ejemplares de tiburón azul, cuya piel brillaba intensamente al sol, y procedían a cortarles la cola y abrirlos en canal para

limpiarlos.

Una buena pesca aquella. Varios centenares de docenas de truchas, por las que pagarían un buen precio en el mercado de Marsella, y tres ejemplares de tiburón, de más de cuatro metros de largo cada uno.

Se acercó al primero de ellos, y con su cuchillo le cortó la cuádruple fila de dientes superiores, mientras comentaba:

-Para mi novia.

-¿Cuál de ellas? -le preguntó socarronamente uno de los que se encontraban limpiando el enorme animal.

-Cualquiera sirve con tal de que sea guapa -replicó Álvarez. Y elevando la voz-: ¿conocéis alguna candidata?

Las risas que produjo el comentario del español se vieron pronto ahogadas por la exclamación del que había hablado antes:

-¡Eh, mire esto!

Y se acercó corriendo al lugar donde se encontraba el segundo.

Álvarez tomó entre sus manos el objeto que le mostraba el marino, observándolo con aire crítico. El otro murmuró, en tono confidencial:

-Parece de plata, ¿verdad? Lo encontré en el estómago de este bicho - y señaló hacia el tiburón que había estado limpiando.

Por unos momentos Álvarez no contestó nada, limitándose a sopesar el fragmento de metal que le había entregado el otro, como si pensara en las posibilidades de que el marino estuviera en lo cierto. Al fin, encogiéndose de hombros, respondió, en tono de broma:

-¿Qué quieres que tenga de plata un animal como éste? Mientras no sea un diente postizo... Lo único que hay interesante en esta porquería son los garabatos que hay grabados en ella, y como yo no entiendo nada de esto... Lo mejor que puedes hacer es irte a tu trabajo y dejarte de tonterías. Y en cuanto a esto... esto me lo quedaré yo como recuerdo. Me servirá de pisapapeles.

Y dio media vuelta, alejándose del otro con el objeto entre las manos. El marino se quedó con la boca abierta, viendo cómo se marchaba, sin hacer ni decir nada. Si estuvo desconforme con la decisión tomada por el segundo, no hizo nada por demostrarlo. Conocía demasiado los humos que gastaba él español, y no quería abandonar su empleo tan pronto.

Por su parte, Álvarez, apenas desapareció de la vista de los demás hombres, aceleró el paso y se encaminó al camarote del capitán, donde entró

después de haber obtenido el oportuno permiso.

Bonnard se encontraba en aquellos momentos sentado en su litera, mientras un vaso, que contenía todavía un poco de licor, descansaba en una mesita próxima.

-¿Qué diablos pasa? -preguntó al ver a su segundo. Luego rectificó, dulcificando un poco la voz-: No me haga caso y siéntese. ¿Qué tal ha ido la pesca?

-No le conviene beber, capitán -dijo Álvarez por toda contestación, mientras se sentaba en la única silla que había en el camarote-. Se excita demasiado cuando bebe.

Luego agregó:

-Respecto a la pesca, ha ido muy bien, aunque no hubieran hecho su aparición nuestros amigos los tiburones. Sin embargo, no es éste el motivo que me trae aquí. Quisiera que le echara una ojeada a esto.

Bonnard observó el objeto que le tendía su segundo, y tras breve vacilación, lo cogió delicadamente con las manos al darse cuenta de lo que era.

-Parece plata... y de buena ley -murmuró.

-Se ha encontrado en el estómago de uno de los tiburones -confirmó Álvarez-. Y, efectivamente, es de plata.

-¿Ha dicho que se ha encontrado en la barriga de un tiburón? -exclamó Bonnard-. Y... ¿cómo habrá podido llegar esto al estómago de uno de estos animalitos? -y pronunció esta frase con un deje de repugnancia en la voz.

-Pues no lo sé, aunque con lo voraces que son estos amigos todo es probable.

El capitán Bonnard se quedó unos momentos pensativo y luego, mirando a su interlocutor, le espetó con una cierta desconfianza:

-Los demás... -y abarcó un amplio espacio con los brazos- ¿se han enterado?...

-No me ofenda, capitán -una sonrisa de complicidad cruzó los labios del segundo-. No soy tan tonto como para dejárselo oler a cualquiera que se me ponga por delante.

Bonnard afirmó, dejando escapar un suspiro de sus labios. Pero pronto volvió a intranquilizarse.

-¿Qué es lo que pretende? -espetó.

-No le comprendo... -Álvarez demostró tan sinceramente su desconcierto que por unos momentos el capitán dudó de que la sospecha que había nacido en él fuera cierta. Pero pronto se repuso:

-No me hará creer que, pudiéndose quedar usted solo con todo esto, ha venido gentilmente a mostrármelo para que nos lo repartamos.

-¡Pues claro! -la risa del español resonó fuertemente en el pequeño camarote-. Solamente que espero un pequeño favor a cambio.

Bonnard respiró. Al menos, el otro no tramaba nada sucio... por ahora.

-¿Y bien.

-Fíjese en lo que tiene en las manos, capitán. Obsérvelo con atención, y comprenderá.

Pero Bonnard no comprendía nada, y así lo expuso claramente.

-Me gusta su sinceridad, «capi», y creo que nos entenderemos. ¿De dónde cree que ha llegado este cacharro a la barriga del tiburón que hemos atrapado?

-Pues... no lo sé. Mejor dicho, ni siquiera se me ha ocurrido pensarlo.

-Pues a mí sí. Como verá, este fragmento de metal que tiene en las manos está incompleto, lo que quiere decir que el resto se encuentra... ¿dónde? Obsérvelo otra vez con atención.

Por más que Bonnard se esforzó en ver algo en aquel fragmento de plata que tenía entre las manos, no llegaba a comprender de dónde podía haber salido. Finalmente se rindió.

-No lo sabe -afirmó más que preguntó Álvarez-. Si observa bien lo que tiene en sus manos -prosiguió-, verá que su color es más bien negruzco, debido sin lugar a dudas a la prolongada acción del agua sobre él. Lo cual indica que hace tiempo que está sumergido en el mar.

»El que el tiburón en el que lo encontramos todavía lo llevara en el estómago hace pensar que no hace mucho que se lo ha tragado, pues ya sabe que los tiburones arrojan todo lo que engullen a medio digerir. Luego, podemos contar que hace unas tres horas como máximo que se lo ha «comido».

Su forma de hablar hacía pensar en la de un profesor que explicara a sus alumnos una lección difícil de entender. Su tono era doctoral, y hablaba lentamente, casi masticando las palabras, para que Bonnard las pudiera ir

digiriendo bien. Continuó:

-Observe ahora la carta marina, por favor. En el momento en que caza a nuestros «huéspedes» nos encontrábamos a 58° oeste, 32° norte (por ahora dejemos los decimales aparte). Suponiendo, por lo tanto, que lo anteriormente dicho sea exacto, podemos afirmar que este animal no podía haber recorrido más de... unos cinco kilómetros. Por lo tanto, tenemos un círculo a nuestro alrededor de diez kilómetros de diámetro.

»Ahora fíjese bien: Cuando observé por primera vez los tiburones, éstos venían del noroeste, por lo que podemos suprimir la parte inferior del círculo, y conformarnos con la de arriba.

»Hecho todo esto, tenemos que el resto que le falta a este fragmento de plata que tenemos aquí se ha de encontrar en el fondo del mar, en algún punto de este espacio que he señalado.

-Pero... -el capitán Bonnard, que todavía no había acabado de digerir lo que le había explicado su segundo, protestó- ¡si aquí la profundidad es de más de cinco mil metros! Este animal no puede haber alcanzado tamaña profundidad.

-El como haya podido tragarse esto, así como se ha podido romper este trozo del resto, es un misterio que yo no puedo revelarle porque no lo conozco. Tal vez hayan sido las corrientes submarinas, o vaya usted a saber. Es igual. Sea como sea, piense que lo tenemos aquí, y esto es lo que cuenta.

-Bueno -el capitán se rascó la cabeza-; pero creo que no son necesarias tantas complicaciones para vender esta plata y repartimos los beneficios.

-¡Alto ahí! Va muy de prisa, capitán. Piense que hubiera podido quedarme con todo sin ni siquiera hablarle de ello. Usted mismo lo ha dicho así hace poco.

-¡Pero esto hubiera sida una...! -el capitán se enfureció, e iba a decir algo fuerte, pero Álvarez lo atajó rápidamente:

-Despacio, «capi»; despacio. Recuerde que al principio le he dicho que iba a pedirle un favor a cambio. Si no hubiera sido por ello, usted ni se hubiera enterado de la existencia de este trozo de plata.

-Esto quiere decir que se propone...

-Rescatar el resto si es posible, naturalmente. Sería idiota no hacerlo así. Cuando lleguemos a Marsella lo enviaré a un catedrático en lenguas

antiguas amigo mío, para que me lo descifre si es que puede. Quizás esto nos pueda ayudar a hallar el resto.

-¿Y luego?

-Luego intentaremos encontrarlo, si es que podemos. Y si no, siempre nos queda el recurso de vender esto y repartirnos los beneficios.

-¿Y el favor del que ha hablado?

-Una cosa sin importancia. Usted financia le expedición, y nos repartimos luego los beneficios (después de haberle abonado los gastos, naturalmente), caso de hallarlo. Creo que el negocio tienta,

-Sí, pero no me convence mucho.

-Bueno. ¿Lo toma o lo deja? Si no se decide usted, otro lo hará, no pierda cuidado.

-Bien, en este caso... ¡En fin, acepto!

Álvarez se levantó, tomando el trozo de plata de las manos del capitán, mientras le recomendaba:

-Recuerde que, de esto, solamente usted y yo lo sabemos.

Saludó, y cerró la puerta lentamente.

El capitán Bonnard se quedó unos instantes pensativo. Aquel Álvarez era todo un tipo. Serviría para detective, si se lo propusiera. Y aunque no creía que el descifrar lo que allí hubiera escrito sirviera para proporcionarles el resto que faltaba, no por esto dejarían de sacarse un buen puñado de francos. Aunque lo primero que debía hacer era enterarse de la cotización actual de la plata en el mercado.

«Quizás tuvo razón la adivina al pronosticar que sería rico» pensó, llevándose de nuevo el vaso de coñac.

Lo que no sabían ni el capitán Bonnard ni su segundo era que el hallazgo de aquel fragmento de plata iba a ser el principio de una extraordinaria aventura, en la que ellos tendrían un papel muy importante que desempeñar.

CAPÍTULO II

Vagabundo del mar

Si algún apodo merecía André Lombard, era el de «vagabundo del mar».

A los dieciséis años, con la muerte de su padre (su madre había muerto dos años antes), André Lombard se encontró dueño de una gran fábrica de embutidos y, en consecuencia, con una de las más grandes fortunas de Marsella, de la cual no podía tocar ni siquiera un franco a causa de su tutor.

Su tutor, Mr. Merrow, súbdito inglés que había sido expulsado de su país por un turbio asunto de fabricación ilegal de armas, había llegado a Marsella sin un franco, y a los pocos meses tenía reunida una fortuna de más de cien millones (todos ellos procedentes de especulaciones bancarias, según él), lo cual le había permitido asociarse con el padre de André.

Al morir éste, la sociedad seguía, y Mr. Merrow tomaba la parte correspondiente a André Lombard en usufructo hasta los veintiún años de este último. Aprovechándose de esta ventaja, Mr. Merrow quiso que André se pusiera al frente de la empresa, lo que era diametralmente opuesto a las aspiraciones del muchacho, cuya verdadera pasión era el mar. La negativa de André a sus pretensiones hizo enfurecerse a Mr. Merrow, el cual le prohibió tocar un solo franco del dinero invertido en el negocio. Por esto, después de una violenta discusión, en la que su tutor salió «algo» malparado, André, con el dinero que le había legado su madre, adquirió una pequeña embarcación y, junto con un amigo suyo, René Dervais, también como él gran aficionado a todo lo que fuera agua, dijo adiós a tierra firme... y a Mr. Merrow, que se quedó con un palmo de narices.

Durante cuatro años consecutivos, el tutor de Lombard no supo nada del muchacho ni de su embarcación, lo que no impidió que implantara nuevas mejoras en la fábrica, la cual aumentó su rendimiento en más de un cincuenta por ciento.

Así, al quinto año de ausencia de André en Marsella (precisamente el día en que Lombard cumplía los veintiún años), apareció de nuevo la «Nao», nombre con que había sido bautizada la embarcación, y descendió André a tierra, para ir al encuentro de su tutor, al que reclamó su fortuna.

Las cuentas se habían llevado perfectamente, y André se encontró con que era dueño de una fortuna de más de doscientos millones de francos,

además de su parte de la fábrica de embutidos, que todavía seguía en su poder.

Contra las esperanzas de Mr. Merrow, que esperaba que al final «sentaran cabeza», los dos amigos, reuniendo en uno solo sus capitales, fundaron la «Lombard & Dervais C°», y adquirieron un nuevo yate, al que bautizaron con el nombre de «Le vagabond», una embarcación de mediano tonelaje con todos los adelantos modernos en cuanto a aparatos de inmersión se conocía, y de nuevo se lanzaron a la mar.

A partir de entonces, «Le vagabond» lo dedicó al rescate de precios, los cuales eran devueltos a sus propietarios desinteresadamente; captura y disección de ejemplares raros de peces, y otras muchas tareas, las cuales eran efectuadas «por puro deporte», según declaración de sus propietarios a los periodistas en una entrevista sostenida una vez a bordo del mismo.

«El vagabundo» tenía un gran museo, en el que se podían admirar los más insospechados trofeos, desde la mantarraya gigante hasta el diminuto pez caballo, pasando por todas las especies de peces conocidas y por conocer; además anclas, fragmentos de embarcaciones, tanto antiguas como modernas... todo, en fin, cuanto pudiera encontrarse en el fondo del mar tenía su representación en el museo del «vagabundo», considerado como uno de los mejores de su especialidad.

La fama de André Lombard y René Dervais alcanzó límites insospechados en un tiempo récord. La nueva embarcación empezó pronto a hacerse popular. Tanto aparecía en Londres como en Barcelona, Venecia, Washington, Río Janeiro, Buenos Aires, etc...

La primera misión «retribuida» que realizó «El vagabundo» fue el rescate del precio, hundido en aguas del Pacífico, de un buque de una importante compañía minera, el cual iba cargado hasta la borda de lingotes de trialtio, el nuevo metal recientemente descubierto en las montañas del Himalaya. Este metal, cuya dureza alcanza límites insospechados, se considera como el metal más apto para la fabricación de toda clase de materiales destinados a resistir altas presiones y temperaturas, lo que hace que sea el metal más solicitado de nuestro tiempo, con el aliciente de su escasez, lo que equivale a decir que asimismo es el más cotizado.

El rescate de la totalidad del cargamento hundido, hizo que André Lombard, René Dervais y «El vagabundo» tuvieran el completo reconocimiento de la empresa minera... y el treinta por ciento del valor de lo

rescatado, cantidad que Lombard pidió que fuera satisfecha en trialtio.

Con éste, André se hizo construir un par de equipos completos de buzo, acorazados completamente por él, así como una campana submarina y un pequeño batiscafo capaz para dos personas.

Esto marcó un nuevo récord en cuanto a inmersiones, así como estableció una nueva era para las investigaciones submarinas. Los antiguos límites de profundidad fueron rebasados, conquistándose nuevas marcas. Los dos amigos, con los nuevos trajes, llegaron a la increíble profundidad de 9.400 metros en descenso libre, sin batiscafo[3]. Las investigaciones de la flora y la fauna de las grandes profundidades acusaron nuevos impulsos; se descubrieron nuevas especies, totalmente desconocidas hasta entonces y ni siquiera imaginadas. Y como la construcción de aparatos de trialtio resultaba a un coste exorbitante debido a la altísima cotización de este metal, todo el mundo acudió a los servicios de «El vagabundo». Éste, tan pronto se encontraba investigando en una sima del Atlántico, como recuperando un pecio en el Mediterráneo. Viejas naves, de los conquistadores españoles y portugueses, fueron rescatadas, con lo que los museos vieron enriquecerse sus colecciones. En la época de este relato, la cuenta corriente de «Lombard & Dervais, C°» rebasaba los mil millones de francos.

*   *   *

En aquellos días, los dos amigos se encontraban disfrutando de un merecido descanso en la isla Maui, del grupo de las Hawai. Aquella mañana, André, sentado en la borda de la embarcación, contemplaba el hermoso panorama que ofrecían las montañas de la isla, sumidas en la bruma matinal, cuando René salió de su camarote, exclamando alegremente:

-¿En qué piensa nuestro amigo el poeta? ¿Quizá en la dulce enamorada que le espera con los brazos abiertos en la puerta de su rústica cabaña? ¿O acaso está sumido en los más prosaicos pensamientos de adivinar lo que estará preparando el cocinero hoy para almorzar?

-Por favor, René -el tono de su amigo, más severo que de costumbre, hizo que éste se sorprendiera-. Deja de decir tonterías, ¿quieres?

-Caramba, André; te encuentro raro. ¿Acaso te pasa algo?

-No, no me pasa nada. Solamente que hoy me he levantado de mal humor. Tengo el presentimiento de que nos espera alguna mala noticia.

-¡Malas noticias! ¡Brrrr! ¿Te acuerdas de cuando me presagiaste que

tendríamos una borrasca de lo peorcito? ¿Y qué pasó?: una calma chicha. ¡Bah! Si quieres que te tome en consideración no me menciones presentimientos y malos augurios.

Viendo que sus palabras no hacían mella en el ánimo de su amigo, propuso:

-Te apuesto lo que quieras a que no llegas antes que yo al cabo Kiki.

-Kahiki -rectificó André-. Y si quieres te apuesto diez mil francos a que sí.

-¿Con este humor que te traes encima? ¡Ni hablar, hombre! Te pesa demasiado. De todos modos, va la apuesta. ¡Y te advierto que te la pienso cobrar!

Después de haber dejado instrucciones concretas al piloto para que les fuera siguiendo hasta el cabo, los dos amigos se zambulleron al unísono, empezando a nadar con energía.

La isla Maui tiene un ligero parecido en sus contornos con Inglaterra, y el cabo Kahiki, que en la Gran Bretaña correspondería al de Lands End, estaba separado de la embarcación unos mil metros. El primero en llegar fue André, seguido casi inmediatamente por su amigo, el cual, apenas hubo puesto pie a tierra, le reprochó:

-Te lanzaste al agua siete décimas de segundo antes que yo, y esto no vale.

-No me importa si vale o no. Estoy esperando a que me pagues la apuesta.

-¿Qué apuesta -preguntó René, poniendo una perfecta cara de inocencia.

Así, entre bromas y risas, los dos amigos se lanzaron de nuevo al agua nadando hasta la embarcación, que los había seguido en su recorrido, y en ella se dirigieron hacia Wailuka, ciudad separada del cabo Kahiki por unos cincuenta kilómetros.

André llevaba el timón, mientras Dervais canturreaba a su lado. Con su buen humor, había hecho olvidar a su amigo el pesimismo con que se había levantado, antes de que llegara a contagiársele a él mismo. Verdaderamente, el carácter de André era algo complejo. Serio por naturaleza, a veces se encerraba en una especie de mutismo hostil, huraño. Parecía como si estuviera acosado por extraños presentimientos. Las veces que había temido algo, este

algo había pasado indefectiblemente. Ahora, estaba seguro, se iban a ver envueltos en alguna aventura, en todo distinta a las normales de su errabunda profesión.

Y los acontecimientos no tardarían en darle la razón.

* * *

Cuando llegaron a la ciudad, se dirigieron en seguida al hotel donde les era recogida y guardada la correspondencia, el cual estaba separado del embarcadero tan sólo unos cien metros.

El conserje, un isleño sonriente y zalamero, les entregó un sobre, exclamando:

-Lo han traído esta mañana. No han dejado señas ni datos de referencia. Lo siento, señores.

-No importa -René hizo un gesto vago, siguiendo a André, que se dirigía ya hacia la salida con el sobre en la mano.

-La mala noticia que esperaba -le comunicó este, ya en la calle.

-¿Esto? ¡Qué va a ser una mala noticia! Seguramente te comunican el fallecimiento de una tía tuya forrada de millones.

-Lo siento, pero yo no tengo ninguna tía.

-Bueno... -René se rascó la cabeza, pensativo, y añadió-: a lo mejor es una tía adoptiva.

André no pudo por menos que reír la salida de su amigo, el cual le apremió:

-Será mejor que lo abras. Yo sí que tengo una tía rica, y pudiera ser...

André rasgó el sobre, extrayendo el papel que había en su interior, mientras su amigo tenía que dar grandes zancadas para mantenerse a su lado y poder ver algo.

La carta, cuyo remitente era el ex comandante Samuel Verry, de la marina francesa, antiguo amigo de la familia de André, decía:

Apreciados amigos:

Ya sé que en la actualidad estáis disfrutando de unas bien merecidas vacaciones, y lamento ser yo el que os las haga interrumpir. Pero el motivo, que a continuación voy a exponeros, espero será suficientemente fuerte como para haceros interesar en este caso.

Hace pocos días se halló, en pleno océano Atlántico, un fragmento de plata, grabado. Descifrado su contenido, pues los jeroglíficos eran semejantes

a los del antiguo lenguaje inca, resultó que hablaba de la Atlántida, este fabuloso y totalmente desconocido continente que ha inspirado tantas leyendas, por lo que se supone se trata de una inscripción que se encontraba en algún lugar de la misma. Se está preparando una expedición para ir en su busca, basándose en este nuevo dato, y he pensado en vosotros, que sois duchos en materia de inmersiones, para formar parte de ella. No os digo más. Caso de interesaros (lo cual estoy seguro), os ruego os personéis lo antes posible por mi casa, donde os explicaré todos los detalles.

Ni que decir tiene que esto es un secreto militar, por lo que nadie absolutamente excepto vosotros, debe saberlo.

Adjunto os acompaño una fotografía del hallazgo.

Esperando veros pronto para poder charlar un rato, recibid un cariñoso saludo de vuestro incondicional amigo:

Samuel Verry.

Apenas terminada la lectura de la carta, André se detuvo. Permaneció unos momentos inmóvil, pensativo, y después dando media vuelta, volvió a encaminarse al hotel. Dirigiéndose al conserje, le pidió detalles sobre la persona que la había traído.

-Un mensajero -informó el hombre-. Dijo que se la entregara en propia mano, y que era urgente. Después se fue sin esperar a nada.

-Es raro -comentó André. Y dirigiéndose a René-: algo así no lo enviaría yo tan a la ligera, y más siendo un «secreto militar» -y recalcó esta última palabra.

René observó el sobre, y vio que estaba lacrado con el sello del ejército francés: una espada y un fusil, campeando sobre el águila imperial[4]. Se volvió hacia André, y le preguntó:

-¿Qué te parece?

-Francamente, no lo sé. Puede tratarse de la mala noticia que esperaba.

-¿Mala noticia? ¡Pero si esto es mejor que todo lo que hubiéramos podido soñar! ¡Imagínate, la ocasión de .hacemos celebérrimos de golpe y porrazo!

-Mientras no nos demos el golpe demasiado fuerte...

René, murmuró por lo bajo.

-¿Es que nunca puedes dejar tu pesimismo de lado? ¡Caray, pareces

una vieja gruñona! ¡Anda, vámonos, que se nos hace tarde.

Agarró a su amigo de una manga, y lo remolcó hasta el «Vagabundo», donde lo soltó, dirigiéndose a la cabina del piloto para dar la orden de partida inmediata:

-¡A Marsella!

Y por lo bajo agregó:

-Y veremos lo que pasa.

CAPÍTULO III

Entrevistas

Apenas llegados a Marsella, los dos amigos se dirigieron en un taxi a la finca que poseía Robert Samuel Verry, ex comandante de la marina francesa, en las afueras de la ciudad.

Les salió a recibir una joven de tipo «ondulante», que hizo exclamar a René (cuyas aficiones por las «curvas», y no las de las carreteras precisamente, quedaban bien patentes a la menor oportunidad):

-¡Vaya tipo! Esto sí que no se ve todos los días, André. Con tu permiso...

André lo agarró por la manga, y tiró de él como si fuera un saco de patatas.

-¡Eh, hombre, a ver si tienes un poco más de cuidado, que me estás arrugando la americana! -y por lo bajo-: Y después de varios meses sin ver a un representante del sexo opuesto, ¡al menos podrías esperar a que me desquitara un poco!

-Ya tendrás tiempo de hacerlo luego. Ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

-¡Vaya, hombre! Creía que no te interesaba la espeleología submarina. ¡Ya te sigo, pero déjame de una vez la chaqueta tranquila!

André, que debido a la amistad que le unía con Samuel Verry conocía como la palma de su mano el camino que conducía a su despacho particular, se dirigió a él directamente y se metió allí sin anunciarse, dejando a la doncella entre sorprendida y chasqueada.

Pero René aún tuvo tiempo de decirle, antes de «ser entrado» en la habitación:

-¡A la salida nos veremos, bombón!

Y le envió un beso con la punta de los dedos.

* * *

El ex-comandante Samuel Verry se levantó presurosamente al ver entrar a los dos amigos, y se dirigió a ellos con la mano extendida:

-¡Caramba, no os esperaba tan pronto! ¿Cómo os van los negocios? -estrechó la mano de los dos y continuó-: Veo que os prueba bien el oficio.

-¡Psché! -René, anticipándose a la contestación de su compañero, contestó con su natural buen humor-: vamos defendiéndonos, pero no siempre

acuden a nosotros gangas como las que nos ofrece usted ahora.

-Sí, creo que es un asunto más que extraordinario -les indicó sendos sillones, mientras de una estantería tomaba una botella y vasos-. Me ha extrañado vuestra impetuosa entrada.

-Tenía prisa por entrar y la doncella parecía que nos entretendría demasiado -dijo Lombard-. Además, como conocía el camino...

-Sí, siempre ha sido así de impetuoso -interrumpió René-. Por cierto... ¿cómo se llama?

-¿Quién? -interrogó Verry, extrañado.

-La doncella... bueno, el bombón aquel que nos ha salido a la puerta.

-¡Ah, sí, Elena! No os extrañe ver la casa semivacía. Sobraba demasiada servidumbre, y la reduje sólo a ésta.

-¡Mmmm, Elena! Un bonito nombre. Casi tan bonito como su poseedora.

André, que hasta aquel momento había seguido la conversación con aire indiferente, interrumpió:

-Bueno, creo que no hemos venido aquí con ánimos de discutir sobre el sexo débil. Verry: después de haber leído aquella carta nos hemos quedado todavía más a oscuras que antes. ¿Qué significa todo este galimatías referente a la Atlántida? ¿Es todo ello cierto?

-Pues... os voy a contar la historia en cuatro palabras -volvió a su mesa, después de depositar las bebidas frente a los dos amigos, y guardó los papeles en los que había estado trabajando hasta aquel momento en un cajón-. El fragmento de plata cuya fotografía os envié junto con la carta, fue encontrado por un barco de pesca en el estómago de un tiburón que cazaron (mejor dicho, pescaron) en una de sus correrías. El segundo del mismo, un tal Álvarez, lo llevó a un profesor en lenguas antiguas al cual conocía, para que intentara traducirlo. Éste lo hizo y, al enterarse de su contenido, no se atrevió a dejarlo en manos de quienes lo habían encontrado. En consecuencia, lo envió a París, al ministerio superior de la marina. Vista la trascendencia del asunto, en el ministerio creyeron conveniente que fuera resuelto extraoficialmente y en el máximo secreto. Nos encontramos en una situación internacional tan delicada que cualquier motivo, por fútil que sea, puede ser la chispa que encienda la mecha de la guerra.

-Bueno, pero tratándose de un problema científico, no veo la razón de

mantenerlo secreto.

-Al principio yo también creía lo mismo, pero pronto cambié de opinión. Se habla de la Atlántida como de un antiguo continente cuyos habitantes habían alcanzado un alto grado de civilización. No sabemos, por lo tanto, los adelantos bélicos que pudieron alcanzar. Caso de encontrar el continente (siempre hemos de actuar bajo este supuesto), no sabemos lo que hallaremos en él. Por tanto, es mejor guardar el secreto, al menos hasta saber a qué atenernos, y luego, según lo que descubramos, optar entre divulgarlo o continuar como hasta ahora.

-Sí, comprendo -André quedó unos momentos pensativo. Luego, preguntó-: ¿Y cómo piensan solucionarlo para mantener el secreto durante las investigaciones?

-A esto iba. No creáis que se ha obrado a la ligera. Cuando los de «arriba» vieron que el asunto valía la pena llevarlo adelante, se preparó todo minuciosamente, hasta el último detalle. Por lo tanto, puedo afirmar sin temor a equivocarme que no se ha dejado nada al azar. Contando, naturalmente -se apresuró a añadir- con los imprevistos que naturalmente se sucederán, al actuar sobre una base no confirmada.

«Ahora -continuó-, os voy a explicar cómo se ha dispuesto todo en términos generales.

Sacó unos papeles de un cajón de su mesa, y los dispuso en minucioso orden. Tomó uno de ellos como referencia, y empezó:

-Para todo el mundo, esto no pasará de ser más que una investigación científica en la que intervendréis vosotros. El profesor Remy, un sabio naturalista de ascendencia polinésica que ha alcanzado un cierto prestigio al investigar determinadas especies marinas, desea realizar una expedición en busca de nuevos ejemplares en los fondos atlánticos, para lo cual os contratará a vosotros. Formarán la expedición, además, su hija (la cual es una eficaz colaboradora en los trabajos de investigación de su padre), el doctor Marbo, un célebre arqueólogo, del que seguramente habréis oído hablar, y los dos hombres que encontraron el fragmento de plata con la inscripción y conocen su significado. Éstos -añadió como explicación-, aunque no sean de mucha utilidad, servirán para determinar con exactitud el lugar en el que hicieron el hallazgo, aunque en realidad el verdadero motivo es el de alejarlos de lugares en los que puedan hablar demasiado.

Recogió los papeles que había estado consultando, y los entregó a Lombard, añadiendo:

-En estos papeles encontraréis todos los detalles que conciernen a la expedición. Ahora os dirigiréis a la casa del profesor Remy, poniéndoos a sus órdenes. No olvidéis que, aunque sólo sea nominalmente, él es el promotor de la expedición. Se está terminando la construcción de trajes de trialtio para todos los componentes de la expedición, y se está preparando el habilitamiento de una embarcación, mitad yate y mitad buque de guerra. En cuanto a los marineros y demás tripulación, todos han sido seleccionados entre los mejores y más leales.

Siguió dando detalles durante largo rato, siendo interrumpido algunas veces por los dos amigos en demanda de alguna aclaración. Al final, y después de desearles buena suerte, se despidió:

-Ahora mi misión ha terminado. Lamentándolo mucho, yo ya soy algo viejo para estos trotes, y creo que no aguantaría mucho si os acompañara en el viaje. Sólo me queda desearos buena suerte, y pediros que, cuando volváis, vengáis a contarme vuestras aventuras. Así al menos me haré la ilusión de que lo he vivido todo realmente. Perdonad que me ponga un poco sentimental. ¡En fin! -les entregó una tarjeta, y les indicó-: ésta es la dirección del profesor Remy.

Los acompañó hasta la puerta, con gran desencanto de René, que esperaba poder admirar de nuevo a «su bombón». Cuando estuvieron en la calle, refunfuñó:

-¡Vaya lío! Los unos lo llevan en secreto para que los otros no puedan aprovecharse de nada, y lo puedan aprovechar todo ellos en su beneficio... y en perjuicio de los otros. Pretenden evitar que los demás se apoderen de unas armas que ni siquiera saben si existen, con las cuales iniciar una destrucción en masa, pero ellos... ¡Qué asco de mundo! Si por lo menos hubiera podido hablar un poco con Elena, quizá se me hubieran marchado los malos pensamientos de la cabeza, pero ahora...

-¡Caramba, René! -André se echó a reír-. ¡Ahora eres tú el que teme que pase algo! -y volviendo a su seriedad habitual, murmuró-: Lo que no comprendo es que incluyan una mujer en la expedición. Verdaderamente es extraño.

-¿El qué? ¿La hija del profesor Remy? No sé cómo será, pero me lo

imagino. ¡Supóntelo! Una mujer encerrada todo el día entre peces disecados y otras zarandajas... ¡una rata de laboratorio, en suma!

André no respondió nada a esta observación de su amigo, pero interiormente no estaba de acuerdo con él. Y temía que aquello pudiera traer alguna complicación. A pesar de que aquella mujer fuera una «rata de laboratorio».

Sacó la tarjeta que les había entregado Verry de su bolsillo, y consultó la dirección. Luego llamó a un taxi, y los dos se encaminaron a visitar al profesor Remy.

* * *

El capitán Bonnard escuchaba indolentemente las protestas de su segundo, mientras saboreaba tranquilamente un vaso de coñac.

-Le digo, Bonnard -Álvarez había apeado ya el tratamiento de capitán- que esto es una trampa. Esos han visto que lo que les trajimos es de un gran valor, y han decidido quedarse ellos con todo. Se nos han ofrecido galantemente para que les acompañemos, pero a la hora de sacar tajada... ¡ahí te pudras!

Bernard se encogió de hombros con resignación, mientras comentaba:

-Al fin y al cabo, la idea de llevar a descifrar la inscripción a un profesor «amigo suyo» fue idea exclusiva de su privilegiada cabeza.

-¡Ya lo sé, rayos! Pero le juro que en cuanto le ponga la mano encima a este mamarracho, lo dejo seco. ¡Palabra!

Y rubricó la frase con un expresivo gesto de manos.

Mentalmente evocó la escena, cuando él y el capitán se dirigieron a casa de Sencourt, el profesor de arqueología y lenguas antiguas a quien habían acudido, para recoger la traducción del jeroglífico entregado dos días antes. Éste, con una sonrisa conejuna en los labios, les había comunicado que, debido a la «trascendental» importancia que tenía aquella inscripción, se había visto en el deber de entregarla a personas más autorizadas en la materia.

Al principio, el español había creído que solamente se trataba de una consulta entre colegas, pero cuando recibió un aviso del profesor Sencourt en el que le decía que, debido a la importancia del hecho, se había visto en la obligación de entregarlo a organismos responsables del ejército, Álvarez empezó a desconfiar, desconfianza que se transformó en certeza al recibir una invitación oficial para participar en la expedición que se había organizado por

este motivo, a la cual no podía ni quería negarse, y comprendió que la cosa tenía mucha más importancia de la que le había dado al principio.

Y hacía poco, cuando se enteró de que lo que en realidad irían a buscar era el continente perdido de la Atlántida, este continente fabuloso que había dado tanto que hablar a través del tiempo, se estuvo maldiciendo durante horas enteras por haber cometido la imbecilidad de haber confiado en un estúpido profesor de arqueología, lo cual, a pesar de todo, no le sirvió para nada.

Ahora, paseando por la reducida habitación que les había sido asignada mientras se preparaban para el viaje, su mente iba rumiando planes para apoderarse del tesoro que, indudablemente, «habrá allá abajo». Planes que inmediatamente se veía obligado a deshacer por imposibles o irrealizables.

Y mientras, aquel estúpido de Bonnard bebiendo el coñac como si fuera agua.

Pero aquello no terminaría así, ya lo verían aquellos estúpidos.

Se dejó caer en un sillón, mientras su mente continuaba elaborando y rechazando planes sistemáticamente sin cesar.

Al ver que se sentaba, el capitán Bonnard lanzó un suspiro de alivio, mientras murmuraba por lo bajo:

-¡Uf, menos mal! Si llega a pasearse un poco más, me entra dolor de cabeza.

Y se sirvió otra copa de coñac.

* * *

En contraposición con la mansión de Verry, una enorme finca de estilo antiguo situada en las afueras de Marsella, la casa del profesor Remy, edificada en uno de los más modernos barrios de la ciudad, era un pequeño edificio de dos plantas, cuyas líneas seguían los más modernos estilos neorrealistas.

Apenas llamaron a la puerta, ésta les fue franqueada por una deliciosa muchachita que, en contraste con la que les había recibido en su anterior visita, de líneas agresivas, hacía pensar en una niña recién salida del colegio, cuyos ojos empiezan a abrirse al mundo y comienza a transformarse en mujer.

Su voz bien timbrada, aunque con un leve acento extraño, sorprendió por su dulzura a los dos hombres.

-¿Qué desean?

Después de exponer el motivo de su visita, fueron introducidos en una pequeña sala de espera, donde se sentaron aguardando ser recibidos por el profesor.

Mientras se alejaba, André observó aquella delicada figura, y no pudo por menos que reconocer que le había causado a primera vista una rara impresión. Él, más bien refractario a todo lo que fuera faldas, se había sentido inexplicablemente azorado ante aquella muchacha, cuyos ademanes sencillos le habían atraído, a pesar del breve tiempo que pudo contemplarla. Ya solos, su mente evocó la figura de la mujer, y se complació examinándola con la imaginación. Sin embargo, notaba algo extraño en ella. Su rostro formaba un óvalo perfecto, en el que quedaban enmarcados sus ojos, dos ojos de un color verde intenso, algo rasgados, de un mirar fijo, penetrante, casi turbador. Su color era moreno, algo aceitunado, aunque esta última tonalidad quedaba disimulada. Esta combinación, junto con dos pómulos salientes, que formaban la parte más encantadora de aquella cara ya de por sí interesante, hacía que no se olvidara una vez vista. Y a André le parecía que no era la primera vez que se encontraba frente a ella, o al menos que había algún detalle familiar que le llamaba la atención, haciendo brillar algún punto de su memoria..

René, que había observado el interés que su amigo se tomaba por la muchacha, no pudo menos que exclamar:

-¡Vaya! Nuestro hombre de hielo se ha convertido de repente en un Don Juan de primera. ¿Podrías explicarme el motivo de tu «detallado» examen? Se diría que te has enamorado de esta chica con sólo verla.

-No digas tonterías, René; no es eso. Sólo que... me ha parecido encontrar algo conocido en su rostro. No el haberla visto antes, sino algo relacionado con él, quizá algo oído con anterioridad... Lo que no recuerdo es dónde ni cuándo.

-Claro. Sólo que... -miró perspicazmente a su amigo antes de continuar-: Sólo que no debes olvidar que debe ser una sirvienta, y que no estaría bien una boda de esta especie. Recuerda tu posición social -concluyó, con un aire paternal que tiraba de espaldas.

Sin saber porqué, André se sintió molesto por la chanza de su amigo, a pesar de que estaba ya acostumbrado a ellas. Pero no pudo pensar nada más. La puerta se abrió, y en la estancia penetró un hombre ya maduro, aunque

todavía se le veía relativamente joven, que se dirigió rectamente hacia ellos.

-Buenas tardes -les tendió la mano y prosiguió-: aunque yo ya les conozco a ustedes, supongo que no debe suceder lo mismo conmigo. Profesor Charles Remy, antiguo asesor técnico de la armada, y ahora naturalista.

André se sorprendió. Había asociado desde un principio el nombre de Remy con un hombre viejo, pequeño, encorvado, de escasa complexión física y arrugada tez, y se encontraba en cambio con un hombre atlético, quizá algo maduro pero no viejo, cuyos únicos síntomas de edad eran algunas canas y quizá unas pequeñas arruguitas en los ojos, protegidos éstos por unas gafas montadas al aire.

Volvió a prestar atención a lo que estaba diciendo el profesor, lo que hizo que todavía se sorprendiera más:

-...perdonen que haya salido así a recibirles, pero estaba trabajando en el laboratorio cuando mi hija me anunció su visita, y no quise hacerles esperar.

De modo que aquella joven era su hija... Ahora recordó André el detalle que le había hecho cavilar momentos antes: «un sabio naturalista de ascendencia polinésica», le había dicho Verry. Aquello explicaba el rostro aceitunado, los pómulos ligeramente salientes... Pero la hija en nada se parecía al padre, al que ni siquiera se le notaba un detalle respecto a su origen racial. Claro que las leyes de la herencia tienen estas peculiaridades, pero...

Más tarde habría de saber que el profesor era casi blanco, pero que, al igual que había hecho uno de sus antepasados, se había casado con una polinésica, de la cual había nacido su hija, cuyo nombre era Diana.

Desechó estos pensamientos, y preguntó:

-Profesor, aunque todo esté organizado y calculado previamente en esta expedición, hay algunos detalles que ignoro y que me gustaría me explicara. Por ejemplo: ¿podría indicamos el día de partida y el itinerario que seguiremos?

Con un gesto, el profesor cortó la pregunta de André, y les indicó que pasaran a otra estancia, mientras decía:

-Me gusta que no sea hombre que pierda el tiempo inútilmente con fórmulas corteses y demás tonterías usuales. Puesto que ha ido directamente al asunto del que hemos de tratar, pasaremos a él ahora mismo.

Entraron en una pequeña habitación, medio despacho y medio

laboratorio. En un rincón se encontraba una pequeña mesa de estilo funcional, y tras ella, formando un lado del ángulo de la pared, había extendido y clavado un gran mapa universal.

-De la pregunta que me ha hecho -principió el profesor-, le diré que éstas son las partes que se han mantenido ocultas para mayor seguridad, pero que, tratándose de ustedes, se las puedo confiar sin temor.

Se dirigió hacia la mesa de despacho e indicó el mapa situado detrás.

En él, observó André, se encontraban marcadas con lápiz rojo dos rayas que, partiendo del mismo punto, Marsella, atravesaban el estrecho de Gibraltar y se dirigían hacia el Atlántico donde, pasando una por las islas Azores y otra por el Cabo Verde, iban a encontrarse en un punto del mar del Sargazo, delimitado por tres círculos azules, concéntricos.

Señalando el punto donde estaba situada la ciudad, el profesor Remy explicó:

-Partiremos de aquí el próximo día 26, o sea, dentro de quince días. Según el estado del tiempo, escogeremos una de las dos rutas señaladas hasta llegar al punto donde suponemos situada la Atlántida, que está marcado con los tres círculos concéntricos. Nos sumergiremos, principiando la búsqueda por orden, empezando con el punto central y el interior del primer círculo. Si en éste no encontramos lo buscado, pasaremos al siguiente, y así, si tampoco encontramos nada, por el tercero.

-¿Y si tampoco en éste encontramos nada? -inquirió René.

-Entonces -el profesor se encogió de hombros- tendremos que renunciar.

André, con su eficiencia habitual, empezó a pedir detalles complementarios referentes al asunto que los había traído allí, escuchando atentamente las explicaciones del profesor, las cuales iban quedando indeleblemente grabadas en su cerebro, para no borrarse hasta haber transcurrido un buen espacio de tiempo después de haber concluido la expedición.

Pero René Dervais no escuchaba las explicaciones del profesor Remy. Sus miradas se dirigían hacia el rincón donde se encontraba trabajando la hija del profesor, ajena al parecer a todo lo que sucediera entre los tres hombres. Verdaderamente, era hermosa. No sabía cómo, pero muy a pesar suyo tuvo que reconocer que le había causado una honda impresión incluso a él.

¿Por qué?

Él había sido, desde siempre, el auxiliar de André. Alegre, despreocupado, tomando a chacota las mas difíciles situaciones, contrastaba siempre con el carácter de su amigo, grave y reposado. Se había convertido, sin él mismo proponérselo, en el eterno payaso, que no toma nada en serio... ni nunca es tomado en serio tampoco.

Y ahora, a la vista de aquella simple muchacha, había notado la misma impresión del pájaro al ser atrapado por una red. Él, que siempre había tomado a las mujeres como un mero pasatiempo, desde que la vio se encontraba intranquilo, sin poder determinar qué era «aquello» que sentía, y que no sabía si calificar como tristeza, alegría o nostalgia.

Se encogió de hombros. Al fin y al cabo, no debía preocuparse por una simple muchacha, siendo que se les presentaba un trabajo importante de verdad. Ahora era cuando debía de estar más alegre y despreocupado que nunca, pues presentía que se avecinarían días en los que tendría que recurrir a todos sus trucos para hacer que el ánimo de los demás no decayera.

Y se volvió a sumergir en la conversación que sostenían André y el profesor...

CAPÍTULO IV

Preparativos

Sentado en la borda de la embarcación, con los pies colgando a lo largo del rojo casco, André Lombard pensaba en los acontecimientos de los últimos días. Su extraño malestar al recibir la carta de Verry; su visita al mismo, la conversación sostenida con el doctor Remy y, finalmente, en su hija Diana, con su eterna sonrisa.

A pesar de haber sido todo calculado, hasta el mínimo detalle, como había afirmado Verry, no dejaba de encontrar algo raro en aquella expedición. ¿Por qué la carta había sido enviada por un mensajero? ¿Y cuál era el motivo por el que, a pesar de ser una expedición oficial, se hiciera pasar por una simple investigación científica? Y aquellos marineros que estaban al cuidado del buque, siempre graves, siempre silenciosos. Parecía como si fueran mudos.

Además, faltaba un componente en la expedición: el doctor Marbe. Le había preguntado por él al profesor Remy, y éste le había contestado:

-No se preocupe, llegará a tiempo. Es un hombre muy particular, y si bien siempre es puntualísimo en sus citas, prefiere llegar en el momento justo.

Hacía poco tiempo había sido instalado en cubierta un batiscafo, algo mayor del que poseían en el «Vagabundo», y más perfeccionado. Solamente faltaban los trajes de inmersión para todos los miembros, hechos especialmente a la medida de cada uno. ¿Por qué para cada uno? No veía la necesidad de que los dos pescadores que los acompañaban tuvieran también que descender. Y tampoco Diana.

Una voz a sus espaldas le sacó de su abstracción:

-¿En qué piensa nuestro campeón?

André no tuvo necesidad de volverse para reconocer a la persona que se encontraba detrás de él. Diana Remy, pues de ella se trataba, se sentó a su lado, deslizando los pies a lo largo del casco hasta quedar en la misma posición que André.

Éste admiró su figura, fina y ágil a un tiempo. Iba vestida con unos pantaloncitos de deporte y una blusa blanca, ceñida a su cuerpo, que hacía resaltar su perfecto busto. De su cuerpo, su mirada pasó al rostro de la joven, de grandes y almendrados ojos algo inclinados, detalle que, junto al color de su piel, denotaba su origen polinésico.

-¿Encuentra algo raro en mí? -preguntó la joven, al ver la detenida observación a que era sometida.

Las palabras de la joven azoraron a André, que sólo supo balbucir:

-¡Oh, no! Sólo que...

-¿Qué?

La sonrisa de la muchacha era lo que hacía ponerse más nervioso a André. Ahora, ésta lucía franca, sin que en ningún momento pudiera notarse en ella el menor asomo de burla.

Reuniendo todo su valor, André intentó desviar la conversación, no haciendo más que enredar la cosa:

-No es nada en particular, ¿sabe?... Solamente que... me sorprende un poco que una mujer como usted tome parte en una expedición de esta clase.

Apenas pronunciadas, André se arrepintió de estas palabras. Lo que más puede ofender a una mujer es que sea considerada inferior al hombre, y precisamente en esta época en la que se pregona la igualdad de sexos. Por esto, Diana respondió, con un ligero acento de enfado en la voz:

-No creo que haya ningún inconveniente a esto que usted encuentra tan raro. ¿O acaso cree que las mujeres solamente servimos para estar tras el fogón o calzando las zapatillas a nuestros maridos?

André quiso remediar el patinazo, e intentó dar un tono de broma a su respuesta.

-No, naturalmente que no. Además de que el fogón ha pasado de moda, aquí ya tenemos cocinero, y usted no está casada... todavía.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de hacer disolver el enfado de la muchacha como por encanto. Propuso:

-Usted es un buen nadador, ¿no? -y sin aguardar respuesta, añadió-: Le reto a ver quién llega antes a la escollera. ¿Acepta?

-Hay bastante distancia. ¿Cree que llegará?

-¡Naturalmente! ¿Me supone muy débil? Incluso soy capaz de ir y volver en una sola etapa.

André comprendió que acababa de pisar de nuevo hielo delgado.

-Lo creo -repuso-, pero esto último prefiero no intentarlo. No... no me gustaría quedar en mal lugar.

Se lanzaron al agua, nadando con vigor hacia su meta.

Desde cubierta, René Dervais los vio alejarse mientras fumaba un

cigarrillo. Durante los doce días que habían permanecido a bordo del «Goliath», Diana Remy había mostrado infinidad de veces la preferencia que le merecía André, a pesar del poco caso que parecía hacerle éste, lo que le hacía dudar de la primera impresión que la muchacha le hiciera a su amigo, a juzgar por su frialdad actual; cosa que, a pesar de todo, podía achacarse un poco a su natural tímido. La situación estaba confusa, y René decidió aclararla aquella noche, ya que, ni él mismo se lo negaba, se había encariñado con aquella muchacha tan diferente a las que había conocido hasta entonces. E incluso (¿por qué no?), podía haber llegado a enamorarse de ella.

Sin despedirse de Álvarez, con el que había estado charlando hasta entonces, se dirigió hacia su camarote, tirando el cigarrillo y siguiendo con los ojos la estela de humo que éste iba dejando en su camino hacia el mar.

Álvarez, por su parte, ni siquiera se dio cuenta de que Dervais se había ido. Como él, estaba sumido en sus propios pensamientos, aunque éstos fueran del todo distintos a los que ocupaban la cabeza del otro. En sus largas horas de meditación, había llegado a formar un plan de acción que esperaba le daría los frutos apetecidos. Aunque no contaba para nada con el capitán Bonnard, él solo se bastaba con toda la tripulación del barco, una vez recogidas las riquezas que (no le cabía la menor duda) se encontraban en el fondo marino. Y de paso que se hacía archimillonario, se vengaría de aquellos estúpidos que se habían creído más listos que él.

Acarició la pistola que llevaba en el bolsillo del pantalón, capaz de efectuar cincuenta descargas con un solo cargador, y se complació pensando en el momento en que oprimiría el gatillo. Una vez la embarcación en su poder, se libraría de aquel estúpido de Bonnard y se largaría a España, donde podría disfrutar de una vida de rey con las riquezas que lograría.

Por primera vez en muchos años, la vida le sonreía.

* * *

Los dos amigos escuchaban con atención los últimos detalles que les daba el profesor Remy sobre el manejo de las nuevas escafandras y trajes de trialtio que habían llegado aquella tarde, algo diferentes en su constitución de las que habían usado los dos amigos hasta entonces.

-El depósito que hay en la espalda -estaba diciendo en aquellos momentos el profesor Remy- les proporcionará oxígeno durante doce horas como mínimo, así como mantendrá la presión interior del traje, impidiendo así

que mueran aplastados, y proporcionándoles al mismo tiempo, calor. Como pueden ver, están equipados con todos los adelantos modernos, desde el faro frontal hasta el disparador de bengalas de luz. Creo que más requisitos no se pueden pedir. Han estado sometidos a presiones de más de cinco mil atmósferas, y han soportado las más diversas clases de pruebas. Ahora... sólo falta saber si en la práctica serán tan efectivas como lo son en teoría.

-No se preocupe, profesor; ya estamos acostumbrados a estas clases de pruebas -aseguró André.

-Sí -corroboró su amigo-; lo único que encuentro a faltar es el «Vagabundo». Siempre prestaba un poco de ánimo el contemplar su estructura antes de sumergirse.

-Lo comprendo, pero era posible realizar esta expedición con su yate. Es de bajo tonelaje, y no hubiera resistido el peso de tantos aparatos, tripulación y todo lo demás.

-Sí, lo sé... -y René volvió a sumirse en su mutismo.

-Bueno -el profesor se apartó del panel donde se encontraban alineados los trajes y las escafandras, y se dirigió a la salida del recinto seguido por los dos amigos-; sólo faltan tres días para zarpar, y creo que lo más prudente es reparar un poco de fuerzas para la prueba que tendrán que soportar luego. Les dejo.

Se separaron, y los dos amigos dirigieron sus pasos hacia su camarote, desnudándose y tendiéndose en sus respectivas literas. Permanecieron así un tiempo en silencio, cada uno ocupado con sus pensamientos, hasta que René se decidió:

* * *

-Oye, André...

-Mmmm... -desvelado del incipiente sueño que acababa de conciliar, André asomó la cabeza fuera de la litera-. ¿Qué pasa?

-Pues... -ahora, cuando ya había empezado, no se atrevía a plantearle la pregunta que tenia bailándole en la punta de la lengua. Temía la contestación de su amigo, y pensaba si sería mejor la incertidumbre que la certeza. Pero tenía que decidirse, aunque la respuesta de su amigo echara por tierra sus débiles esperanzas. Por esto se decidió, vacilante-: Hacía tiempo que quería preguntártelo, pero no... no tuve ocasión.

-¿Y bien?

-André... ¿Estás enamorado de Diana?

La pregunta sorprendió tanto al interpelado como a René, que no se creía con el valor suficiente para formularla así, tan llanamente. Y André tuvo que pensar antes de contestarla.

Verdaderamente, hasta ahora no se le había ocurrido hacerse aquella pregunta. ¿Estaba enamorado de Diana Remy? Se sentía atraído por la muchacha, eso era cierto, pero nunca se le ocurrió que aquella atracción fuera amor. Si acaso, una simple simpatía personal.

-No lo sé, René. Nunca se me ha ocurrido pensarlo. ¿Por qué lo preguntas?

-No, por nada... Simple curiosidad.

-¿Curiosidad? René; ¿no será acaso que tú...?

-¿Qué?

-No, nada... Será mejor que descansemos. Lo necesitamos.

Pero ninguno de los dos hombres pudo dormir aquella noche...

* * *

A la mañana siguiente, los dos amigos se encontraban silenciosos, retraídos, presas de sus respectivos pensamientos. André, que había pensado toda la noche en las palabras de su amigo, se encontraba en uno de esos peculiares estados de nerviosismo causados en el hombre por la incertidumbre. Por un lado, había llegado a la conclusión de que su amigo estaba enamorado de Diana. Por el otro, él mismo estaba convencido de querer a la muchacha. Y ahora se encontraba ante el dilema de lo que debía hacer. Por una parte, se exponía a perder a su mejor amigo, y por otra a la mujer a la que (cada vez estaba más convencido) amaba. Y aquel estado de cosas hacía que se encontrara de mal humor, cosa que repercutía sobre las personas que se encontraban con él.

También René, por su parte, se encontraba malhumorado. A pesar de que André no le había dicho nada definitivo, había comprendido que su amigo también estaba enamorado de la joven, aunque ni él mismo lo supiera. Y él no podía hacer nada. Por un lado, estaba su estimación hacia su amigo, con el que había compartido numerosos peligros y aventuras, y al que apreciaba sinceramente. Por el otro, su amor a Diana, que no trataba ya de ocultarse.

Y en este estado de cosas llegó el día de la salida. Entonces, todas las preocupaciones, todos los problemas fueron olvidados momentáneamente

para atender a los detalles de la expedición que, nadie lo dudaba, iba a ser rica en emociones.

Y así, el día 26 de marzo de 1973, el «Goliath» partió del puerto de Marsella, con una ligera brisa del Este soplando en el mar, y enfiló su proa hacia el estrecho de Gibraltar, rumbo a su destino.

CAPÍTULO V

Una vieja leyenda

Los primeros días de navegación a bordo del «Goliath» fueron de una relativa calma. Despojados de toda ocupación, sus tripulantes no tenían más remedio que charlar entre sí para distraer el tedio de la larga travesía.

Durante este período de tiempo, ocupó un lugar preferente en todas las charlas del barco el doctor Marbe. Célebre arqueólogo, eran de todo el mundo conocidas sus notables rarezas, que hacían pensar a más de una persona en una crónica chifladura. En efecto, el doctor Marbe era un hombrecillo pequeño, casi insignificante, cuya única parte sobresaliente era su cabeza, del todo enormemente desproporcionada al resto de su cuerpo. En ella, como dos ascuas, brillaban dos ojos que parecían dos carbones encendidos. De padre francés y de madre sudamericana, de abuelos españoles y bisabuelos árabes, se le daba el alardear de su árbol genealógico como si fuera su mayor riqueza. Su sempiterno comentario solía ser:

-Ante una mezcla de razas tan variadas no tuve más remedio que nacer así -y señalaba su enorme cabeza-. Mis bisabuelos árabes que emigraron a España. Mis abuelos, nacidos y criados españoles, emigraron a su vez a Sudamérica, de donde vino mi madre a Francia. Al casarse con mi padre, que era francés, las leyes de Mendel se hicieron tal taco que aquí me tienen a mí, así tal como soy.

El doctor Marbe era notable en todo. Llegó al «Goliath» apenas una hora antes de levantar anclas, llevando consigo un equipaje de tres baúles y siete maletas. Cuando el profesor Remy le preguntó para qué necesitaba tanto equipaje, le contestó confidencialmente:

-No sabemos lo que podemos encontrar allá abajo; por lo tanto, hay que ir prevenidos.

Y, efectivamente, iba previsto contra todo. Su material de trabajo abarcaba desde el más potente ultramicroscopio electrónico a las más simples pinzar de depilar, las cuales nadie supo para qué le podían servir, mientras no fuera para arrancarse los pelos del bigote.

Junto con esto, el doctor Marbe iba cargado con los más dispares objetos, todos ellos ajenos por completo a su profesión. Y cosa extraña: de objetos personales solamente llevaba tres pares de calcetines, dos camisas y un cepillo de dientes.

Varios días después de haber zarpado, cuando ya se encontraban en pleno océano Atlántico, el profesor Remy, su hija, el doctor Marbe, el capitán Bonnard y su segundo, junto con André y René, se reunieron en el comedor del buque para tratar los últimos detalles de la expedición en favor del doctor Marbe, que casi no se había enterado de nada, ya que apenas llegado a Marsella tuvo que embarcar.

Después de las explicaciones que ya todos conocían, el doctor Marbe los sorprendió con una inesperada pregunta:

-¿Creen que con las personas que estamos aquí reunidas podemos llegar a hacer algo efectivo?

Aquello era algo en lo que nadie de los presentes se le había ocurrido pensar, por lo que todos esperaron curiosamente la contestación.

El profesor Remy, que como antiguo militar había asumido el mando de la expedición desde el primer momento, fue el que contestó a la pregunta del doctor:

-Efectivamente, somos los suficientes para el fin que nos proponemos. Nosotros solamente buscaremos la Atlántida (o lo que quede de ella), para determinar con exactitud su posición y realizar las más elementales investigaciones. Según los resultados de las mismas, los «peces gordos» que lo han preparado todo dispondrán de lo que se haya de hacer. Nuestra misión, por lo tanto, será solamente localizarla, y determinar las condiciones físicas del continente y sus habitantes, caso de que los haya habido alguna vez.

-¿Y los elementos bélicos? -preguntó René, de cuya imaginación no se habían apartado las palabras del ex comandante Verry.

-En el casó de que realmente los haya -replicó el profesor-, cosa que no podemos vaticinar en absoluto, tengo orden de destruirlos totalmente.

-¡Vaya! -René juntó las manos-. Se han vuelto moralistas.

-Lo que no me explico -apuntó Diana-, es cómo aquel tiburón se tragó el fragmento de plata que encontramos como si fuera un aperitivo.

-Debía de tener una digestión un poco pesada -ironizó René.

-No lo crea -saltó el capitán Bonnard, a quien le complacía lucirse en todo cuanto se refiriera a temas que él dominara completamente-. Los tiburones son tan voraces, que llegan a tragarse enteros los objetos más dispares y extraños. Recuerdo que, en una ocasión, se encontraron en el estómago de un solo ejemplar medio jamón, algunas piernas de carnero, la

parte inferior de un cerdo, la cabeza y las patas anteriores de un perro buldog, una gran cantidad de carne de caballo, un trozo de arpillera y un rascador de buque[5]. Cuentan que estos peces nadan con la boca abierta, tragando todo lo que les entra en ella, ya sea comestible o no.

-¡Vaya apetito! No me gustaría encontrarme con uno de estos «bichitos».

-Creo que nos apartamos de la cuestión central del asunto -opinó el doctor Marbe. Y cambiando bruscamente el giro que hasta entonces había llevado la conversación-: ¿Cree usted -se dirigió al profesor Remy- que efectivamente estuvo habitada la Atlántida? Desearía una opinión personal.

El profesor carraspeó. Esperaba toda clase de preguntas respecto a los detalles de la expedición, pero ninguna de esta clase. Por esto, y ante su mutismo, fue su hija quien contestó por él a la pregunta.

-Creo, doctor Marbe -dijo-, que esto es algo difícil de determinar, al menos sin pruebas fehacientes. Pero ya que usted ha pedido la opinión personal de mi padre, yo desearía oír antes la suya... si no tiene inconveniente en darla

-Ninguna, mi joven amiga. Pero antes, dígame: ¿qué le ha sugerido la pregunta que yo le he hecho?

-Pues... -Diana se quedó sorprendida por esta petición, y su rostro lo dejó traslucir claramente- , no se me ha ocurrido nada... Aunque no veo la relación que pueda tener esto con lo que estamos hablando.

-Mucha, señorita, mucha -Marbe se acarició el mentón, y prosiguió-; usted no puede llegar a comprender los ocultos derroteros que toma el alma humana. Si alguien me hubiera preguntado a mí lo que yo le he preguntado a su padre, se me hubieran ocurrido una gran cantidad de preguntas a la sola mención de ésta. ¿Estaba realmente habitada la Atlántida? ¿Por quiénes? ¿Fueron sus mismos habitantes la causa de su destrucción? ¿Acaso perecieron todos en la catástrofe? ¿O bien se salvaron? ¿A dónde fueron, en este caso? ¿No dejaron ningún mensaje escrito...? Y, como éstas, muchas más.

Se dirigió ahora a todos, y prosiguió:

-Se ha pedido mi opinión sobre la cuestión de la habitabilidad de la Atlántida, y les diré que yo lo afirmo rotundamente. Además de algunas pruebas científicas existentes, las cuales no son lo suficientemente fuertes para probarlo definitivamente, les diré una cosa: un detalle que parece pasó

desapercibido a varias personas, pero no en el que me fijé yo. Fue el indicio que encontramos. Quizá ninguno de ustedes haya pensado en cómo se descifró tan fácilmente el jeroglífico encontrado en el fragmento de plata, ni lo que significa en realidad este fragmento. Yo se lo voy a decir. Este jeroglífico, que nos dio la pista esencial para hallar la Atlántida, está escrito en una lengua muy parecida al antiguo inca, de donde es fácil suponer que este pueblo la aprendió de los antiguos atlantes. Permitan que me explique:

»Cuando me fue comunicada la noticia del hallazgo, estuve pensando durante mucho tiempo en ello. No es que dudara en absoluto de la veracidad de lo que acababa de saber, sino que creía que no todo estaba tan claro como parecía. He aquí las hipótesis que saqué: Primera: La Atlántida existe. Esto está archidemostrado y probado hasta la saciedad. Segunda: La Atlántida estuvo habitada. Esto es algo más difícil de probar que lo anterior, pero hay muchos indicios que lo demuestran, y sobre todo el que ha dado origen a esta expedición: «el fragmento de plata». Tal vez ustedes no hayan caído en la cuenta, pero ésta es la verdad. Fíjense bien:

»Cuando yo recibí la comunicación de la que les he hablado, lo primero que hice fue descifrar por mi cuenta el jeroglífico grabado en el fragmento. Como ya les he dicho, resultó que estaba escrito en un lenguaje muy semejante al antiguo inca. Lo que ponía allí es lo siguiente:

... pises este umbral sagrado

... riqueza al extranjero

... umbral de Atlantis.

»Como ven, solamente fragmentos de frases, que parece que no tengan ningún sentido conjunto. Pero con un poco de imaginación y con un estudio detenido, pueden llegar a comprenderse. La sola mención de este jeroglífico es bastante prueba para demostrar que la Atlántida (o Atlantis, como la llamaron sus habitantes)[6] estuvo habitada. Si no, ¿quién pudo grabarla? Aunque esta escritura se parezca mucho a la antigua inca, no es exacta, pues tiene diferentes variaciones fonéticas y escriturales que la distinguen. Además, este fragmento no es más que parte de otro mayor, que sin duda, en vista del texto, fue una puerta. ¿Pudieron los incas construir esta lápida, que seguramente debía ser la que cubría la entrada del mundo de los atlantes? Absolutamente no, ya que en la época en que fue construida los incas no eran más que un pueblo salvaje, sin ni siquiera asomo de civilización.

»Les parecerá un poco árido el tema, y por esto no voy a cansarles con tontas divagaciones técnicas. Solamente les diré que, como remache a estas pruebas, existen las antiguas leyendas incas, que hablan de los atlantes como seres sobrenaturales enviados por sus dioses[7]. El lenguaje de la inscripción es, por lo tanto, atlante, adoptado luego por los salvajes y transformado en inca, que es el que nosotros conocemos.

Se tomó unos momentos de respiro, mientras se fijaba en los rostros de sus auditores: interesados el profesor y su hija, así como André y René, e indiferentes Bonnard y Álvarez. Después de un breve examen, continuó hablando:

-Yo solamente soy un pobre arqueólogo, cuya única misión es desenterrar restos antiguos y analizarlos. Pero más de una vez se me ha ocurrido preguntar, a la vista de algún fósil: ¿qué estaría haciendo este animal cuando le sorprendió la muerte?; o bien: ¿cuáles eran sus costumbres?; o acaso: ¿qué historias humanas contempló esta columna, este capitel?; ¿quién bebió en esta vasija? Sólo soy un simple arqueólogo, repito, pero tengo una gran imaginación, quizá debido a esto -y se señaló la cabeza-. No puedo negar que soy un tipo raro de hombre. Vivo encerrado en una casa en pleno campo, dedicado a mis estudios, y nada hay aparte de éstos que me haga volver la cabeza. Pero he leído mucho, y me gustaría relatarles una historia, más bien una antigua leyenda inca, que espero les hará reflexionar un poco.

Calló unos momentos, como centrando sus ideas, y continuó:

-Esta antigua leyenda inca, relatada de boca en boca, y dejada finalmente escrita en jeroglíficos en el muro de uno de los muchos templos existentes en el Perú, me ha dicho mucho sobre este extremo que estamos tratando. Cuenta esta leyenda que un intrépido guerrero indio, llamado Arú, se adentró un día en el océano, dispuesto a conquistar fama y riquezas para complacer a la mujer que amaba. Pasaron los meses sin que se supiera nada de él, hasta que volvió, los cabellos blancos como la nieve y el rostro arrugado como el de un viejo de más de cien años. La historia que contó antes de morir fue espeluznante para aquellas pobres gentes sin imaginación, habituadas solamente al arco y la flecha y que habitaban en tristes cabañas de paja.

»Contó el guerrero Arú que más allá del mar había una gran isla donde todo era oro y plata, con edificios de más de cien veces la altura de un hombre y grandes puentes suspendidos en el aire que desafiaban al viento y a

las tempestades. Los habitantes de aquella isla eran hombres dotados de extraños poderes, vestidos con unas extraordinarias ropas de una sola pieza que los cubría desde la rodilla hasta el cuello, de una resistencia que no traspasaba las flechas, y llevando en la cintura un extraño objeto que lanzaba rayos de fuego y que hacía desaparecer todo lo que tocaba. Su ciudad estaba guarnecida por una muralla alta como doscientas veces la altura de un hombre, con una única puerta de entrada, de plata, repleta de extraños signos. Alrededor de esta muralla no crecían plantas, y los animales del bosque no se atrevían a acercarse.

»Durante varios días vagó el guerrero por aquella isla sin comer ni dormir, tal era su maravilla y su espanto. Hasta que le descubrieron un grupo de aquellos extraños habitantes, que se lo llevaron consigo pese a sus protestas. A pesar del miedo que le sobrecogía, aquellas extrañas gentes que le conducían le hablaban de una manera tan dulce que una especie de sopor suave le fue invadiendo, y se quedó dormido.

«Cuando despertó se encontró dentro de una de aquellas maravillosas construcciones, tendido en un blando lecho. Le trajeron para comer una poción de sabroso gusto, y luego le acompañaron a visitar todo aquello, y le hicieron aprender su lengua, de tal modo que a los pocos días podía conversar con ellos. Entonces le hicieron una gran cantidad de preguntas, a las cuales respondía él muy contento y satisfecho.

»Pero varios días después, cuando empezaba a encontrarse ya a gusto en aquel extraordinario país, el cielo empezó a teñirse de rojo y empezaron a caer llamas sobre la isla. Alguno de los habitantes de la ciudad dijeron que él era el causante de todos sus males y le persiguieron, dispuestos a matarle. Él huyó, refugiándose en una de las barcas de que disponía aquella gente, en la cual se alejó hacia el oeste. Apenas estuvo algo distante de la costa, se detuvo para observar, y vio cómo unas extrañas lenguas de fuego se elevaban de la isla hacia el cielo, como si huyeran de ella. Otras lenguas, iguales a las anteriores, pasaron a ras de agua muy cerca de él; tanto, que el remolino causado fue tan enorme que estuvo a punto de zozobrar. Luego, y después de unas horas de confusión, la isla entera se hundió en los mares, mientras de la ciudad se elevaban grandes gritos de espanto.

»El guerrero permaneció allí hasta ver el final de aquel extraño pueblo que tan bien le había tratado al principio, intentando después matarle. Luego,

rezó a sus dioses por aquellos que habían perecido tragados por el mar junto con «T'lantis», pues así habían denominado sus habitantes a aquella isla, y remó de regreso a su pueblo. Pero cuando llegó allí, la fiebre del delirio le consumía, tenía los cabellos blancos por el espanto, y murió pocos días después.

El silencio que siguió a las palabras de Marbe fue completo. Solamente lo turbaba la respiración de éste, agotado por el relato, que había hecho rápidamente. Pasados unos momentos, y ya recobrado el aliento, concluyó:

-Esto no pasaría de ser una leyenda más, es cierto, si no fuera por la coadyuvación de los antiguos relatos incas que señalan la llegada a sus tierras de unos extraños hombres, muy sabios y poderosos, que les enseñaron gran cantidad de cosas y adelantaron su cultura en forma tan prodigiosa que les permitió construir los monumentos que en la actualidad admiran y sorprenden a todo el mundo.

Hizo una pausa y después, adoptando una voz grave y profunda, preguntó:

-Y ahora una vez oído esto, díganme ustedes. ¿Creen realmente que la Atlántida no estuvo nunca habitada?

Nadie contestó a la pregunta del doctor Marbe. André, que por su parte había escuchado el relato con gran interés, llegó a la conclusión de que el doctor sabía mucho más de lo que aparentaba, y de que no era «un pobre arqueólogo», como él mismo decía, sino mucho más. Y empezó a pensar qué alcance llegaría a tener aquella expedición, que a simple vista había comenzado con ser solamente un viaje de exploración a la Atlántida.

Porque, sin proponérselo, el doctor Marbe había hecho ver a André todo cuanto hasta entonces le había parecido confuso, y que ahora se le presentaba como un libro abierto. Y empezaba a comprender muchas cosas que le habían intrigado durante todo aquel tiempo...

Álvarez, a quien habían quedado profundamente grabadas las palabras del doctor referentes al oro y la plata existentes, preguntó:

-Entonces, ¿la Atlántida es este fabuloso continente que todo el mundo dice está forrado de oro?

-Amigo mío -Marbe le lanzó una mirada de conmiseración que hubiera hecho enrojecer de vergüenza a un asno-, las leyendas suelen exagerar

mucho las cosas materiales. No digo que no hubiera sido un continente rico en metales y piedras preciosas, pero para forrarlo todo de oro y plata, como tan ilusamente dice usted... para esto se necesitaría poco menos que poseer el secreto de la piedra filosofal. Y no creo que los antiguos atlantes lo tuvieran.

Y dirigiéndose a todos, añadió:

-Lo que sí hay es un detalle en esta leyenda, aparte del curso narrativo de la misma, digno de ser estudiado. Es el que trata de «las lenguas de fuego que se elevaban de la isla, y las que iban a ras de agua». Yo he meditado mucho sobre su posible significado, y me gustaría que ustedes hicieran lo mismo. Espero que, como yo, lleguen a la misma conclusión.

Se levantó de su asiento, dirigiéndose a paso lento hacia la puerta, para terminar diciendo, ya en el umbral:

-Con su permiso, me retiro. Le agradezco, profesor, las indicaciones que me ha dado respecto a esta expedición. Gracias a todos por su amabilidad en soportarme. «Buenas noches».

Y se alejó, bamboleando de un lado para otro su enorme cabeza.

Los que quedaron en el salón se miraron sorprendidos. El sol todavía brillaba en el horizonte, y tardaría aún un buen rato en ponerse.

-¿Buenas noches? -murmuró el capitán Bonnard, que había asistido silencioso por completo a la conferencia-. Este tipo está chiflado.

Los demás asintieron mecánicamente, más por costumbre que por convicción. Porque ninguno de los allí reunidos estaba de acuerdo con aquella opinión. El doctor Marbe era algo más que un pobre chiflado.

CAPÍTULO VI

«Mediten...»

El comedor del «Goliath» permaneció silencioso un largo espacio de tiempo. Todos los allí presentes eran presa de encontrados pensamientos. Las palabras del doctor Marbe, precisas y bien calculadas, habían causado diferente impresión en los ánimos de los que las habían oído. André, cuyos ojos se habían abierto a la realidad, había comprendido al final todo lo que parecía ocultarse tras de aquella expedición científica. En cuanto a René, toda su atención estaba centrada en las demás personas reunidas en el salón, tratando de adivinar sus respectivos pensamientos. El profesor Remy había comprendido la oculta intención del doctor al señalarles las «lenguas de fuego», mientras que Álvarez solamente pensaba en la cantidad de oro que existiría «allá abajo». El capitán Bonnard, ajeno por completo a todo, sorbía tranquilamente un refresco.

El profesor Remy fue el primero en romper el silencio:

-¿Cuál es su opinión, Lombard?

-¿Sobre qué? -ajeno a todo lo que no fueran sus pensamientos. André no había prestado gran atención al significado de la pregunta.

-Sobre lo que ha dicho el doctor Marbe, naturalmente.

-¡Ah! pues... creo que ha querido divertirse un rato con nosotros.

-No es ésta mi opinión, Lombard -la contestación del profesor hizo que André estuviera a punto de replicarle «la mía tampoco», pero se contuvo. Quería saber lo que pensaban los demás para poder formar un juicio determinado de la situación, y lo dejó hablar-. ¿No cree usted que el doctor ha querido indicarnos que los atlantes descubrieron la forma de llegar a otros mundos? Por cierto... ¿había oído usted alguna vez esta leyenda?

André se limitó a negar con la cabeza. Su pensamiento revoloteaba en torno a una idea determinada, sin llegar a alcanzarla. A pesar de tener una visión clara de todos los motivos que habían impulsado aquella expedición, había «algo» que se le escapaba, siendo inútiles todos los esfuerzos que hiciera para atraparlo. Sin embargo, la intención de Marbe al sugerir aquella idea de los viajes espaciales de los antiguos atlantes no era más que una faceta de las intenciones del doctor al contarles aquella bien montada historia. En aquella expedición habían tres elementos completamente distintos. El profesor y su hija, la parte técnica, formaban un grupo soñador, siempre dispuesto a

recibir cualquier aliciente, fuera o no perteneciente a su profesión. René y él, en cambio, formaban la parte práctica, solamente abocada a lo que fuera riesgo y emociones. En cuanto a los dos pescadores, aunque no sabía con certeza el motivo de haber sido incluidos en la expedición, empezaba a vislumbrarlo, y estaba seguro de que no era menos importante que el de ellos.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Diana:

-André, ¿cree usted que los atlantes hubieron podido llegar a Marte y establecerse allí, por ejemplo? En este caso, este planeta estaría habitado.

-No lo sé, Diana; no he pensado en ello -André se levantó, dirigiéndose a todos-: Discúlpenme, pero estoy cansado. Creo que mañana habremos tenido tiempo de meditar lo suficiente como para ver esto desde un ángulo distinto del que lo vemos ahora.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Diana se volvió hacia René:

-¿Qué le pasa a su amigo? Le noto preocupado.

El aludido se encogió de hombros, como restándole importancia.

-No le haga mucho caso, Diana -murmuró-. André es un poco raro, y cuando tiene algo entre las manos y no acaba de agarrarlo se pone de un humor de perros. Mañana tendrá tiempo de haberlo agarrado del todo, y se encontrará más alegre, ya lo verá.

Pero ni él mismo creía en lo que había dicho. Si André quería estar solo, algún motivo tendría, y quizá algo más grave de lo que todos imaginaban. Porque, acostumbrado como estaba a fijarse en los menores detalles, él mismo había visto, como su amigo, algo que no le gustaba en todo aquello. Quizá sólo fueran figuraciones suyas, pero habían muchas cosas que no encajaban allí. Sobre todo algo que no sabía en concreto discernir, pero que le llamaba poderosamente la atención.

* * *

A pesar de verlo ahora todo claramente, André todavía encontraba algunas cosas que no encajaban. ¿Por qué habían sido llamados por Verry, en vez de ponerse directamente en contacto con el profesor Remy? Quizá, al fin y al cabo, el profesor no era más que un simple peón como él, movido con infinito acierto en aquel juego. Y, si todo aquello había sido organizado por el Estado, ¿por qué tanto misterio? A pesar del secreto habitual en el que se desenvolvería una operación de esta clase, André no había visto en ningún momento la mano del Ejército ni otro departamento del Estado. Además,

¿cuál era el motivo de que hubieran sido incluidos aquellos dos fantoches que eran Bonnard y su segundo en el juego? El que hubieran venido a señalar el lugar exacto donde atraparon el tiburón era una futilidad, ya que en el mar no hay puntos de referencia aparte las coordenadas, y una vez sabidas éstas, cualquier punto del océano puede ser localizado de nuevo por cualquier marino que se precie de serlo. ¿Y el extraño doctor Marbe? Aquel hombre era mucho más de lo que aparentaba ser. No estaba seguro, pero creía que cuando lograra descubrir el papel exacto que desempeñaba Marbe en la expedición, todo quedaría completamente aclarado.

Tendido en la cama, con un cigarrillo en la mano, su mente repasó todas las escenas de aquella tarde, en especial la leyenda inca que les había contado el doctor. No, no la había oído nunca. Incluso podría jurar que no existía aquella leyenda. Todo era un relato hábilmente imaginado por Marbe, un relato que llevaría a tres pensamientos distintos a tres personas diferentes. Tres pensamientos que harían que cada una de estas tres personas actuara de un modo distinto, lo cual pudiera favorecer en sus planes al doctor. ¿Cuáles planes? Aquí era donde fallaba el razonamiento de André. Sin embargo, esperaba que dentro de poco sabría lo que ahora ignoraba...

La puerta se abrió, dando paso a René que, sin siquiera quitarse la ropa, se tendió en su litera. Al instante preguntó:

-Oye, André...

-Dime.

-Esta tarde he notado algo extraño allí, ¿sabes?

André se mordió los labios. No debía comunicarle a su amigo cuáles eran sus sospechas. Era mejor que lo supiera uno solo que dos. Por esto, se limitó a contestar:

-No, no he notado nada. ¿Quizá tú...?

-Sí, a mí me ha parecido ver algo raro. Aunque no sabría decirte en concreto el qué.

-Deben de haber sido figuraciones tuyas. No les hagas mucho caso y descansa.

-Sí, quizá sea mejor. Me parece que se me está contagiando tu pesimismo.

André no contestó. Tiró el cigarrillo y apagó la luz, murmurando un apagado buenas noches, al que su amigo no contestó.

Poco después, ambos dormían profundamente...

*   *   *

Frente a la habitación de Diana, su padre se despidió de ella murmurando:

-Habitantes en Marte... ¿Te imaginarías lo que supondrá para mí el lograr descubrir esto? Sería el éxito más grande del siglo. Un éxito fantástico.

¿Sí, papá; pero será mejor que no te emociones tanto y tan aprisa. Dime... ¿no has encontrado nada raro en el doctor Marbe esta tarde?

-¿Raro? Pues no, no le he encontrado nada.

-Pues yo sí. Y me parece que André también.

-¿Qué quieres que tenga el doctor Marbe de raro? Un poco excéntrico quizá, muy amigo del sensacionalismo, con muchos aspavientos, es cierto, pero nada más. Será mejor que te vayas a la cama y dejes de pensar tonterías.

-Sí, papá. Tal vez tengas razón.

Le besó en la frente, y entró en su habitación.

Tendida ya en la cama, empezó a pensar. La leyenda que les había contado Marbe, así como la brusca despedida de André, la hacían pensar que no todo había sido una inocente charla de sobremesa entre amigos lo que había ocurrido en el comedor.

-Estoy pensando tonterías -se dijo a sí misma, dispuesta a dormirse como fuera para dejar de pensar en aquello.

Pero hasta transcurrido un buen rato no consiguió, al fin, pegar un ojo...

*   *   *

Álvarez cerró la puerta del camarote que compartía con el capitán Bonnard y, volviéndose hacia él, le dijo en tono alegre:

-¿Ha oído, Bonnard? Lo menos debe de haber millones de francos ahí abajo. ¡Miles de millones! Una riqueza fabulosa que será nuestra dentro de poco.

-¿Y cómo la piensa conseguir, amigo mío? -dirigiéndose hacia la mesilla, sacó una botella de coñac y se llenó un vaso. Mientras cargaba su vieja cachimba, esperó la contestación de su ex-segundo. Al ver que ésta tardaba en llegar volvió a repetir la pregunta-: ¿Y cómo la logrará?

Álvarez, que se encontraba consultando una carta de profundidades marinas, contestó de mala gana:

-Deje que yo me las arregle solo, y verá cómo lo consigo. Soy perro viejo en estas lides.

-Mmm... Eso espero.

Y como para corroborar lo dicho, se bebió medio vaso de coñac de un solo trago.

* * *

El doctor Marbe, principal protagonista de la escena en el comedor del barco y sus consecuencias, despertó súbitamente en plena noche, notando algo raro a su alrededor. Se incorporó en su litera, mirando en todas direcciones. La cabina seguía en tinieblas, inmóvil y silenciosa. Tan sólo el lejano zumbido de las máquinas y el monótono golpeteó del agua en los costados del barco turbaban la tranquilidad.

Se pasó una mano por la cara, sintiéndose extraño. ¿Qué le pasaba? Tenía la cabeza como si le flotara entre el cielo y la tierra, suspendida de la nada. Sus últimos recuerdos no eran más que brumas, niebla y oscuridad.

Prestó oído a su alrededor. Se encontraba en un barco, no cabía duda. ¿Pero qué hacía él en un barco? No recordaba haber aceptado ninguna invitación para hacer un crucero marítimo. El último acontecimiento que tenía en su cerebro era el de revisar unas piedras de la época del Neanderthal, en el patio de su casa. Después... nada.

Se calzó las zapatillas, y se puso en pie, dispuesto a salir del camarote e investigar qué hacía él allí. Anduvo a tientas hacia donde suponía que estaría la puerta. Y de pronto...

Se detuvo en medio de su camino, de repente. «Algo» acababa de entrar en su mente. Algo que no sabía qué era, pero que era extraño a él. Algo desconocido, ajeno a su persona.

Durante breves segundos permaneció inmóvil, intentando contrarrestar aquella fuerza. Hubo una breve batalla y...

Los recuerdos volvieron repentinamente a él, como una oleada. Recordó todo lo sucedido desde aquel día, en su casa. ¿Cómo podía haberse olvidado de todo ello? De su misión, de lo que ya había hecho, de lo que le quedaba todavía por realizar...

Regresó a su litera. Si alguien hubiera observado sus movimientos, hubiera dicho que el doctor Marbe andaba como un sonámbulo, como si no fuera dueño de sus actos. Pero él se encontraba bien. Ahora todo estaba en su

sitio, todo estaba en orden.

Momentos después, el doctor Marbe dormía profundamente, como si nada le acabara de suceder hacía poco. Para él, aquello estaba olvidado.

El «Goliath» seguía con rumbo al mar de los sargazos...

CAPÍTULO VII

Rivalidades

La vida en el «Goliath» transcurría lentamente. Hasta que no llegaran al punto donde comenzarían las inmersiones, las únicas cosas que podían hacer los pasajeros era leer, jugar, charlar... o discutir. La conversación habida con el doctor Marbe en el comedor del buque fueron recordadas por todos en diferentes maneras. René, como un misterio. Álvarez, como una buena noticia... y un buen negocio. El profesor Remy, como un nuevo e interesante aspecto de la investigación. Y André, finalmente, como un problema que tendría que resolver a su debido tiempo.

El doctor Marbe se dejaba ver muy poco sobre cubierta. La mayor parte de su tiempo lo pasaba en su laboratorio particular, instalado en uno de los camarotes libres, analizando diversas sustancias que se había traído junto con su equipaje y revisando y catalogando pedazos de roca, retazos en su mayor parte de una historia que la mayoría de los hombres habían ya olvidado. «No debemos desperdiciar nuestro tiempo tontamente -solía decir cuando alguien te preguntaba por su afán de trabajo-, cuando hay tantas cosas por hacer en el mundo».

Desde la conversación sostenida en su camarote la primera noche de viaje, los dos amigos evitaban hablar entre sí de Diana. Asimismo, y por separado, se dedicaban siempre que podían a asediarla, lo que la hacía exclamar frecuentemente que nunca podía estar un rato aburrida a gusto con aquel par de moscones zumbando continuamente a su alrededor. Naturalmente, esto lo decía siempre que no había delante ninguno de los dos interesados. Diana, que al principio había demostrado una cierta atracción hacia André, repartía ahora sus atenciones entre los dos, aunque sin atender demasiado a ninguno de ellos. Parecía no haberse dado cuenta de la devoción que le profesaban los dos amigos, aunque en realidad sí lo había notado. Pero desde un principio se había encontrado con un dilema: saber que estaba enamorada de uno de los dos, pero no saber de cuál. Aunque al principio había creído que era André, su amigo tampoco estaba mal, y tenía un carácter algo más alegre y despreocupado. Esto la hacía dudar y, según su estado de ánimo, se dirigía a uno o a otro. André era el compañero ideal para las preocupaciones, cuando el espíritu necesita del reposo y de la comprensión; René, en cambio, era el tipo ideal de hombre para pasar un fin de semana,

alegre y sin preocupaciones. Su felicidad hubiera sido poder casarse con los dos al mismo tiempo. Se complementaban tan bien, que no se podía imaginar al uno sin el otro. Sin embargo, esto era imposible, y comprendía que debía elegir entre los dos. Los dos estaban enamorados de ella, de esto estaba segura, pero ella... ¿de quién lo estaba?

En cuanto a los interesados, seguían entre sí como si nada hubiera ocurrido. Desde aquella noche, René no había vuelto a preguntarle nada a su amigo, aunque veía que de un momento a otro llegaría el instante de decidirse, pues aquello no duraría eternamente. Y preveía que el resultado iba a truncar una buena amistad. Quienquiera que fuese el elegido, el otro se sentiría herido, lo que terminaría para siempre con su compañerismo. Y a pesar que deseaba que llegara este momento, al mismo tiempo lo temía. No podía ni siquiera apelar a que él, en el caso de ser rechazado, continuaría siendo amigo de André, porque no sabía si realmente lo haría.

André, por su parte, no tenía apenas tiempo de pensar en esto. Todos los ratos libres que le dejaban sus ocupaciones habituales (revisar periódicamente los aparatos de inmersión, y sobre todo «asediar» a Diana), los empleaba en hacer y deshacer proyectos, encaminados al logro de sus planes, e hilvanar teorías sobre el «quid» de la cuestión, que a pesar de sus esfuerzos no conseguía aclarar. En su compartimento había escrito un relato completo de lo que sospechaba, dirigido a René, con la inscripción «en caso de mi muerte». Parecía algo fuera de lugar, más propio de un folletín que de aquella situación, pero André prefería estar prevenido, aunque fuera contra un imponderable tan lejano como parecía ser aquél.

Y mientras los días iban pasando lentamente, con esta lentitud del tiempo que deseamos pase pronto. Álvarez y Bonnard se pasaban todo el día jugando a las cartas, apostando entre sí fabulosas cantidades, que eran anotadas escrupulosamente en sus respectivos cuadernos, para luego «ser descontadas» de su botín. Y el profesor y su hija mataban las horas jugando al ajedrez, hasta llegar ambos a aburrir este juego.

Faltaban solamente un par de días para llegar al lugar señalado en el mapa. El tiempo, que en todo el viaje se había mantenido apacible, lucía esplendoroso. Una gran cantidad de yerba, anunciadora del «Mar de los Sargazos», cubría totalmente la extensión del mar que abarcaba la vista. El profesor Remy había recogido varias muestras de la misma y, a falta de nada

mejor, las estudiaba para comprobar si había alguna diferencia fisiológica entre ellas. Diana, hastiada de manejar portaobjetos, se dispuso a subir a cubierta para pasear un rato. Se vistió con unos «shorts» y una ceñida blusa y salió, respirando el aire fresco a pleno pulmón.

A poca distancia de ella André se encontraba limpiando los gruesos cristales del batiscafo, mientras silbaba una tonada de moda. Al verlo, Diana se le acercó, sin que él lo notara, debido a que estaba de espaldas. Su voz le hizo volverse sorprendido:

-¿Cómo se encuentra nuestro buceador de primera?

André se dio la vuelta, estando a punto de incrustar su codo en el estómago de Diana, cosa que no logró gracias a la hábil finta que ella le hizo.

-¿Así es como recibe a sus visitas? -refunfuñó Diana en tono de enfado.

-Perdone, pero me ha sorprendido... No esperaba que viniera nadie.

AI ver el azoramiento del hombre, Diana comprendió que había escogido mal el principio de la conversación.

-¿Dónde está la tripulación? -preguntó, para alejar el tema principiado-. No veo a nadie.

-Están limpiando las calderas. Si quiere echar un vistazo basta con descender aquellos peldaños.

Diana miró en la dirección que le señalaba André, y movió negativamente la cabeza.

-No, gracias. No quiero llenarme de grasa y suciedad.

André, sorprendido, se la quedó contemplando largo rato.

-¿Qué pasa? -preguntó algo picada la muchacha-. ¿Es que tengo monos en la cara?

-No, perdone. Sólo que me ha sorprendido su pregunta. Dígame, hace mucho tiempo que no visita un barco por dentro, ¿verdad?

-Pues... -la joven pensó unos momentos- aproximadamente hará unos tres a cuatro años. ¿Acaso se ha modificado algo?

-¿Algo? ¡Casi nada! Se ha evitado el tener que echar carbón a las calderas, se ha suprimido el lubrificante, se ha instalado un sistema nuevo de refrigeración... El interior de un barco actual es ahora más limpio que la mejor cocina francesa.

-Me gustará verlo, entonces. ¿Me acompaña? -la invitación fue

dirigida en tono de quien no quiere la cosa, pero André ni se dio cuenta. La tomó del brazo y los dos se dirigieron hacia la escalerilla que conducía a la sala de máquinas.

Diana, que a pesar de los elogios de André esperaba ver un lugar sucio, grasiento, lleno de carbón y con un calor irresistible, quedó sorprendida al notar una corriente de aire fresco que salía por la escalera, lo que la hizo exclamar:

-¡Pero si aquí adentro hace fresco!

-¿Acaso creía que nos íbamos a asar? -André sonrió divertido-. Ya le he dicho que no reconocerá aquí ninguna de aquellas calderas sucias y malolientes de los antiguos buques. Ahora se emplea un nuevo sistema -a medida que hablaba, le fue mostrando las instalaciones-. Las calderas están accionadas por petróleo sintético de alta concentración. Lo único que tienen que hacer los cuidadores (se les ha cambiado el nombre de fogoneros y otros similares) es comprobar que las llaves de paso indiquen la cantidad precisa. Este petróleo se convierte en vapor, lo que evita usar el agua. Este vapor es empleado para mover los motores, que hacen avanzar dos hélices situadas a popa, bajo el timón. Después es de nuevo condensado, para ser empleado de nuevo en el proceso. Como ve en este esquema que le he hecho, solamente se gasta combustible al iniciar el proceso, ya que la misma transformación del petróleo de líquido a gaseoso produce calor.

-Pero ¿el petróleo no se inflama?

-En absoluto. Esta clase de petróleo es incombustible. Además, no arde, sino que se volatiliza. El combustible inicial está compuesto de reactivos, que están debidamente separados.

-¿Y cómo se mantiene esta temperatura fresca aquí?

-Muy fácilmente. Al condensarse de nuevo el petróleo, en las cámaras especiales de condensación, produce, contrariamente al primer proceso, frío, el cual se utiliza para refrigerar el aire, que sale por aquellos orificios que ve al fondo, refrescando el ambiente. Asimismo, una corriente de aire también frío circula por entre la doble pared que separa esta cámara de la de combustión, evitando que las paredes se pongan al rojo.

André fue explicando el funcionamiento de todos los mecanismos. Al llegar al final, Diana dio una vuelta alrededor de sí misma, observando a todas partes, para preguntar después:

-¿Y solamente se necesita un hombre para regular esto? -y señaló hacia el que se encontraba en aquellos momentos revisando unas esferas de control.

-No, pero ahora los demás se encuentran limpiando las calderas.

La muchacha se volvió hacia él, contemplándole como si sospechara las posibilidades de que le estuvieran tomando el pelo. Finalmente, inquirió:

-Y dígame... Si todo está tan limpio, si no se ensucia nada, ¿qué demonio están limpiando ahora?

Divertido por la pregunta, André explicó:

-¿Acaso usted no limpia nunca su casa? No me irá a decir que está siempre limpia por arte de birlibirloque.

-No, pero mi casa es diferente a esto.

-Es verdad, pero también se ensucia. Además, el petróleo usado tiene, como es natural, algunas impurezas, que quedan como residuos en el fondo de los depósitos. Periódicamente han de limpiarse para que no se forme un poso que pueda obstruir los aparatos.

-Y dígame, sabiondo. ¿Cómo lo hacen para limpiarlo todo sin tener que detener la marcha?

-Muy sencillo. Como hay tres cámaras, se hacen funcionar solamente dos limpiándose la tercera. Como puede ver, no es ningún problema.

-Usted puede reírse de mi ignorancia sobre estos temas, pero será mejor que no me pregunte nada sobre ictiología, porque lo dejaré apabullado.

-No tema, no se lo preguntaré. Soy muy vanidoso, y no me gustaría quedar en mal lugar.

Volvieron a subir a cubierta, y André se dirigió de nuevo al lugar donde reposaba el batiscafo, volviendo a sumirse en su trabajo.

Diana, a su lado, comentó:

-No comprendo porqué lo deja tan reluciente. Al fin y al cabo, cuando empiecen las inmersiones también se ha de mojar.

-No sé si a usted le pasará lo mismo, pero a mí me gusta la limpieza.

Diana hizo un mohín y murmuró:

-No tiene sentido del humor. En este aspecto me gusta más René. Por lo menos él sabe seguir una broma de vez en cuando.

Al oír nombrar a René, la sonrisa de los labios de André se borró como por encanto. Intentó parecer indiferente, pero no lo logró. Siempre que

oía a Diana pronunciar el nombre de su amigo, no podía por menos que sentir unos injustificados celos. Su actitud, por lo tanto, no pasó desapercibida para la muchacha, que le preguntó, imitando su mismo acento:

-Parece que no le gusta que le hable de su amigo. ¿O acaso sí?

André se mordió los labios, y empezó a frotar con energía la superficie del aparato.

-No sé qué le pasa que no parece tener muchas simpatías hacia René. Esto es extraño, siendo como han sido siempre compañeros de aventuras. ¿Le molestaría decirme el motivo de esta repentina aversión? Siempre que no sea un secreto profesional, naturalmente.

Cansado ya de la burla que le hacía la muchacha, André tiró el trapo al suelo y la cogió por las muñecas, atrayéndola hacia sí.

-Oiga, Diana, y antes de que pierda la paciencia. La estimo bastante, y creo que no he hecho nada malo contra usted. Por lo tanto, le agradecería que dejara a un lado mis asuntos particulares para que yo me ocupe de ellos. Cuando necesite su consejo ya se lo pediré.

De pronto la soltó, arrepentido de su arrebato. Iba ya a pedirle perdón por su brusquedad, pero ella se le adelantó:

-Perdóneme si le he ofendido, André. No era ésta mi intención.

André se rascó la cabeza. Aquella era una chica realmente extraordinaria; no sabía uno por dónde cogerla. En fin ¡qué se le iba a hacer! Se encogió de hombros y respondió:

-Se me ha adelantado por milésimas. Iba a pedirle perdón por mi brusquedad. Estoy un poco nervioso, créame. Lo que sí quiero decirle es que si René y yo estamos algo enfurruñados entre sí, el motivo ya lo sabe usted bien, y no es necesario que se haga de nuevas. Sabe que tanto René como yo nos hemos... encariñado un poco con usted. Lo que sí desearía es que se decidiera de una vez. O escoge a uno de los dos, o nos da calabazas a ambos -calló unos momentos, como recapacitando sobre lo que había dicho, y terminó-: ¡Ea, ya lo he dicho todo! Si no lo suelto, estallo de un momento a otro.

Diana se quedó pensativa. No esperaba que André le dijera aquello, y, menos en aquel momento. Por esto, decidió ser franca con él.

-Lo siento, André, pero no puedo hacer nada. Sé que tanto usted como René están enamorados (bueno... «encariñados») conmigo. Yo también creo

estarlo, pero lo terrible es que no sé de quién. René es un chico alegre, simpático, capaz de hacerle pasar una velada agradable a la persona más amargada del mundo. Por esto me gusta. Usted es diferente. Es más serio, más consciente, más... no sé cómo decirlo. Pero también me gusta. Y lo peor es que hasta que no sepa quién de los dos es motivo de mis preferencias, no puedo decir nada definitivo. ¡Bueno, yo también lo he dicho todo! Y creo que, si no se lo digo, también estallo.

Por unos momentos quedaron los dos silenciosos, mirándose el uno al otro. Finalmente, André habló, casi en un murmullo:

-Diana... Si cuando sepa al fin a qué atenerse, el elegido no soy yo, no se preocupe. Me apartaré de su vida cuando quiera y como quiera. Al fin y al cabo, no soy más que un vagabundo del mar, como me llama todo el mundo. Lo único que le pido en este caso es que me recuerde al menos con un poco de afecto. Sólo con un poquito me conformo.

-Sí, André... se lo prometo.

Y, sin decir nada más, se alejó hacia su camarote, dejando a sus espaldas a André, que la contemplaba mientras el trapo con el que había estado limpiando yacía en el suelo, a su lado, inactivo.

Penetró en su camarote, y cerró la puerta con llave.

CAPÍTULO VIII

«5.000 metros bajo nosotros...»

Durante los dos días que siguieron a la escena transcrita, Diana no apareció sobre cubierta más que a las horas de las comidas. Tanto es así, que André pensó en si la habría ofendido en algo.

Pero no era esto lo que sucedía a la muchacha. Diana, encerrada en su camarote, no hacía más que pensar en André y René, René y André. Se encontraba en el difícil estado de nervios propio de aquellas personas que no saben qué resolución tomar. Se pasaba la mayor parte del tiempo tendida en la cama, fumando cigarrillo tras cigarrillo, sin hacer nada más que pensar sobre lo mismo. Llegaría el día en que la expedición se disolvería, y entonces los dos amigos se marcharían de allí. Entonces tendría que haber decidido algo. ¿Pero qué? Todo aquello había sido tan rápido, tan fuera de lo corriente, que algunas veces llegó a pensar si no habría sido todo una ilusión de su mente. Se encontraba en la época de la vida de toda mujer en la que se sueña en el príncipe azul, y quizá creía que era amor lo que no pasaría de ser más que buena amistad.

Éstos eran también los pensamientos de André. No era verdaderamente amor lo que sentía por la muchacha. Desde la primera vez que la vio, había sentido unas ansias inexplicables de verla, de contemplarla otra vez. Y cada vez que la veía de nuevo, sentía los mismos impulsos. Era una atracción etérea, más mental que física. Las novelas han descrito el amor con anhelo de tomar a la mujer amada en los brazos, y llenarla de besos y de caricias... André comprendía que éste no era el «verdadero» amor; era otra cosa disfrazada. Con todo, sentía curiosidad por ver su propia reacción si tomaba a Diana entre sus brazos y la besaba. Y la de la muchacha también, aunque ésta fuera un par de bofetones, cosa más que probable.

René, el tercero de aquel (llamémosle así) duelo, empezaba por su parte a olvidar a Diana. No apartarla de sí. Simplemente, no pensaba en ella como antes, a todas las horas del día. La inminencia de la llegada al punto crítico le sumía en una febril actividad, preparando los materiales, revisando las escafandras, y haciendo una multitud de trabajos que no le dejaban un momento libre.

Había instantes en los que se preguntaba si todo aquello no habría sido más que un capricho, una simple tontería por su parte. Diana era una

chica diferente a todas las otras que había tratado, y quizá por esto se había creído enamorado. Claro que si ella terminaba por elegirle a él no sería tan tonto como para despreciarla. ¿O quizá sí? Si se casaba con la muchacha, a lo mejor lo único que lograría sería hacerla y hacerse mutuamente desgraciados. Además, perdería una buena amistad en la de André. Y lo lamentaría.

Pero ¿estaba realmente enamorado o no de la muchacha? Ni él mismo lo sabía. Había momentos en los que se confesaba que la amaba con locura. En cambio, a veces, estudiando con frialdad el problema, no podía por menos que confesarse también que no estaba lo que se dice «perdido» por ella. Aquello era un taco mayor que la pirámide de Keops. ¡Y aquel demonio de André que parecía quería ocultarle algo! ¿El qué? Tendría que preguntárselo.

Así estando las cosas llegaron al punto determinado por la carta marina. En aquel lugar los sargazos eran más espesos que nunca, si cabe, e impedían ver el agua a través de su entretejida maraña. Era un problema con el que se había contado desde un principio, y la tripulación se preparó rápidamente a cumplir con su cometido.

Mientras los marineros procedían a limpiar una respetable cantidad de hierbas, colocando topes para que las demás no ocuparan el sitio despejado, el profesor Remy y el capitán Bonnard se encontraron en cubierta. El capitán, fumando su sempiterna pipa, que exhalaba un olor más pestilente que nunca, señaló la superficie del mar, comentando:

-¡Bonito espectáculo, ¿verdad? ¿Qué le parece?

Remy indicó con un gesto que no le veía nada de extraordinario. Después, inquirió:

-Lo que me he preguntado siempre es cómo lo hacen para pescar en estas latitudes. Esta cantidad de hierba debe de ocultar por completo la pesca.

-Sí, es cierto, pero los peces también son juguetones. Allí donde haya un banco de pesca, verá cómo el agua es removida constantemente, y los peces parece que se divierten asomando su cabeza en la superficie. Lo que le he dicho, son unos empedernidos juguetones los condenados.

Al ver que Remy le escuchaba atentamente, sin hacer ningún comentario ni ninguna protesta, se envalentonó, dispuesto a lucirse en grande.

-Lo que sí cuesta un poco es recogerlos luego. Estos malditos sargazos son la cosa más molesta que he visto en mi vida. Hay que estar muy atento para descubrir las presas. Por esto yo aconsejo siempre a los pescadores

a mis órdenes...

Mientras el capitán Bonnard seguía disertando con el profesor Remy, los dos amigos se encontraban en el interior del batiscafo, dando los últimos repasos a los delicados instrumentos. René no podía ocultar su excitación, y charlaba por los codos, llenando el reducido espacio de la cabina con el eco de su voz, que producía la molesta resonancia de los sitios diminutos. André, cansado ya de aquella charla sin sentido, le instó a que callara.

-¡Está bien, hombre, está bien! ¡Si te molesta tanto mi voz, ya me callo!

-No es por eso, René. Es que estoy un poco nervioso.

-¿Un poco nervioso? ¡Chico, si yo diría que casi pareces un flan! ¿Acaso tienes miedo?

-¡Por Dios, déjame tranquilo de una vez!

René no contestó. Durante los muchos años que llevaban juntos, nunca había demostrado su amigo una tal preocupación, a pesar de haber realizado operaciones mucho más arriesgadas que aquélla, que al fin y al cabo no era más que un tranquilo descenso al fondo del mar. Había algo más que preocupaba a André, algo que en seguida relacionó con la extraña actitud de su amigo después de la famosa conversación del comedor. Por eso le preguntó:

-¿Estás preocupado por algo? Me dolería que me lo ocultaras.

André permaneció unos instantes silencioso antes de contestar:

-Sí, estoy preocupado. Pero es por algo que tú no puedes solucionar, y si te lo cuento, no lograré más que hacer que seamos dos los preocupados. Además, no tengo la seguridad de lo que sospecho.

-Lo cual quiere decir que sospechas de algo o de alguien.

André se arrepintió en aquel momento de lo que había dicho. Pero era ya demasiado tarde; ahora ya estaba hecho, y no lo podía remediar. Se limitó a hacer un movimiento vago con los hombros, y siguió con su tarea.

Pero René no era hombre que se rindiera a la primera.

-Ya. Sospechas algo, y yo, tu mejor amigo, claro, sin saber nada. ¿Crees que esto es jugar limpiamente? ¡No! Tú vas con ventaja,

André lanzó un suspiro de resignación.

-Óyeme, René, y déjame un poco tranquilo después. En el cajón de mi mesa hay un sobre dirigido a ti. En él te lo explico todo. No -le interrumpió-,

no me digas nada. Está bien escondido. Solamente cuando empiece el descenso te diré el lugar exacto. Solamente quiero decirte que si me pasa algo, y «solamente» si me pasa algo, abrirás este sobre, y lo leerás.

-Bien, pero... óyeme. Supongamos que te pase algo, y que yo no pueda llegar a saber lo que hay en este sobre. ¿Qué? Además, ¿por qué te ha de pasar algo? ¿Temes que intenten quitarte de en medio? ¿Quién y por qué?

-No temas, no creo que intenten nada contra mí, porque el interesado no creo que sepa nada de mis sospechas. Sin embargo, dicen que vale más prevenir que curar.

-Sí, pero no esperes que yo prevenga el que te tengan que curar. No está bien lo que haces.

-No sigas por este camino, porque no pienso decirte nada. ¿No comprendes que lo único que lograríamos sería preocuparnos inútilmente los dos?

-¡Está bien! Si no quieres decirme nada, allá tú. Pero yo terminaré por saberlo, no te quepa duda. Te apuesto lo que quieras.

-Guárdate las apuestas para otra ocasión, y déjame tranquilo. Adiós. Termina de repasar tú los instrumentos.

Y dejando a René chasqueado, salió al exterior para dar el último vistazo a la cadena de amarre.

* * *

De pie, en cubierta, los expedicionarios se encontraban escuchando las palabras que les dirigía el doctor Marbe, que había tomado la pose de un orador y estaba hablándoles, según su costumbre, como lo haría frente a unos simples estudiantes.

-... y nos encontramos encima mismo de este continente que desapareció hace miles de años. En otros tiempos, aquí floreció la más fantástica civilización que pueda haberse imaginado. Palacios de mármol, cuyos techos eran sustentados por columnas de oro macizo, ofrecían un aspecto majestuoso e impresionante, capaz de sorprender al más frío de sus visitantes. Y los majestuosos sillones, incrustados en pedrerías. Y las ricas mesas. Y los tapices. Y en fin, todo. Señores, cuando demos con los restos de este continente perdido, habremos realizado la mayor proeza que conocen los siglos. Incluso mayor que la que hizo Colón al descubrir las Américas, pues nosotros sabemos con exactitud lo que buscamos[8]. Sí, será una proeza que

quedará para siempre grabada en las páginas de la historia.

Aquel brusco terminar hizo pensar a André en el clásico «he dicho» de los oradores. Pero esto no importaba mucho ahora. Junto con los demás, se dirigió hacia la cabina que habían habilitado como vestuario para colocarse los trajes de inmersión. Escogieron los suyos, de color verde el de André y azul el de su amigo, y fosforescentes los dos para poder distinguirse entre sí en el fondo del mar. Se los embutieron, excepto las escafandras. Aunque no tenían espejo para contemplarse, ambos estaban seguros de que hacían una buena facha con aquellos equipos, los cuales, a pesar de sus cualidades de resistencia, dureza e impenetrabilidad, eran muy livianos, pues apenas pesaban quince kilos en conjunto cada uno.

Así vestidos, se dirigieron a la cabina del batiscafo. Estrecharon las manos de todos los allí reunidos, y se metieron en el interior del aparato, cerrando la doble compuerta estanca y quedando así aislados del exterior. Una vez dentro, y después de comprobar por enésima vez los aparatos más esenciales, André abrió el contacto del micrófono y habló:

-Por aquí dentro todo funciona espléndidamente. Pueden empezar a descendernos cuando deseen.

En el exterior, las palabras de André fueron difundidas por tres altavoces colocados en la barra de la grúa que sostenía el aparato, siendo oídas por toda la tripulación que, excepto los vigías, se había congregado alrededor de! batiscafo.

El profesor Remy tomó el micrófono que tenía encima de la mesa y contestó:

-Todo perfecto, André. Ahora vamos a izarlos de cubierta y a preparar la inmersión. Conecten la pantalla del visor.

René se apresuró a hacer lo indicado. En el interior del batiscafo, la visión estaba facilitada directamente por cinco gruesos cristales de tipo «diamantino», llamado así a causa de su extraordinaria dureza y resistencia, pero para facilitar la visión a los que se encontraban en cubierta se había instalado una cadena de cinco proyectores de televisión -uno en cada ventanal- que se podían manejar a voluntad, obteniéndose así una vista del panorama submarino situado a los cuatro lados bajo el aparato, según se deseara.

-Perfecto -les llegó la voz del profesor Remy-. Ahora vamos a izarles.

Prepárense, y buena suerte.

Un ligero movimiento indicó a los ocupantes de la esfera que acababan de ser izados de la cubierta del buque. La grúa que los sostenía giró lentamente, y el batiscafo quedó suspendido sobre el agua. A una orden, el cable empezaría a desenrollarse, y el batiscafo se hundiría en el mar..

André contempló por la ventanilla correspondiente al lado del buque a las personas que estaban esperando su señal para hacer descender el aparato al fondo. Allí, en primer término, se encontraba el profesor Remy, inclinado sobre el tablero de mandos y la pantalla de televisión; su hija, a la derecha; el doctor Marbe, que estaba contemplando fijamente el aparato, y el capitán Bonnard y su segundo a la izquierda, algo separados, así viendo con indiferencia el espectáculo. Detrás de ellos, un numeroso grupo de marinos que se encontraban observando la maniobra, silenciosos al parecer.

André tomó el micrófono y ordenó:

-¡Inmersión!

El profesor Remy hizo una señal al encargado de la grúa, que movió suavemente una palanca. El cable que los sostenía empezó a ceder, y la esfera fue hundiéndose lentamente. Sus dos ocupantes pudieron ver cómo el agua iba subiendo a su alrededor, hasta que los cubrió por completo.

Antes de que el agua se cerrara totalmente encima de ellos, todavía pudieron ver a Diana que, con un gesto imperceptible, enviaba un beso hacia el aparato. Lo que no pudo saber ninguno de los dos era a quién iba dirigido.

Los primeros tres mil metros de inmersión fueron sumamente aburridos para los dos amigos, acostumbrados ya a aquella clase de inmersiones. Sentados en los dos bancos extensibles de que disponía el aparato, siguieron sin atención la paulatina transformación del agua de azul a verde, verde intenso, azul oscuro y negro. Al llegar a tal punto, René movió la palanca que encendía los reflectores de superficie y volvió a sentarse.

Por las ventanillas pudieron ver las oleadas de plancton, que en sus continuos movimientos formaban verdaderas nubes que enturbiaban la luz de los reflectores, llegando a veces a ser tan espeso que no se podía ver a dos palmos de distancia. A veces, gran variedad de peces se asomaban por los cristales, dejando ver su gran difusión de formas y colores, que pasaban de lo más bello a lo más monstruoso con una facilidad pasmosa.

Pero ni a René ni a André les interesaban la gran cantidad de especies,

la mayoría de ellas desconocidas, que circulaban por las ventanillas, harto vistas ya en sus continuos descensos al fondo marino. Desde que las aguas se cerraron por encima de sus cabezas, René no había cesado de mirar a André, y no apartó la vista hasta que éste empezó a sentirse molesto. Al fin, no pudiendo resistir más la fijeza de la mirada de su amigo, estalló:

-¡Pero puede saberse qué diablos te pasa?

Con toda calma, René se levantó y fue a cortar la comunicación con la superficie, regresando a su sitio.

-Desde que me contaste aquello -dijo entonces-, me has ido rehuyendo como si yo fuera el diablo. Por lo tanto, deseo saber a qué se debe, y el porqué de tu actitud.

André se exasperó ante aquellas palabras. Aunque siempre se habían considerado iguales los dos, él había llevado siempre el mando de todo, hasta llegar a considerarse como jefe. Por esto, le molestó la exigencia de su amigo, sin pararse a pensar en que tenía tanto derecho como él de saberlo todo.

Y éste fue precisamente el argumento que hizo valer René:

-Hasta ahora te has considerado como el amo en todo. No niego que tú eres mejor que yo, que tienes más ideas, más recursos. En lo que no transijo es en que me ocultes algo. Yo tengo tanto derecho como tú en saber lo que pasa aquí, y espero que me lo digas.

-Pues no pienses que te comunique nada -lo que en un principio había considerado una medida de precaución, pasó a ser ahora intransigencia.

-¿No? Supongo que en el sobre del que me hablaste antes lo consignabas todo, ¿verdad? ¿Y si lo hubiera abierto y ahora estuviera enterado ya de ello?

-No es probable. No sabías dónde estaba con precisión, y antes de descender me he asegurado de que no lo habías abierto. Lo traigo aquí conmigo -le mostró un abultado sobre que llevaba en el interior del traje de inmersión, y continuó-: por si acaso me sucediera algo, ya sabes dónde está.

-De modo que no tienes confianza en mí, ¿eh? ¿Qué pasaría si se lo contara todo a tu adorable espía (o espías, esto no lo sé) de ahí arriba?

-No te creo capaz de hacerlo.

-Claro que sí; y si quieres que te lo demuestre... -y se levantó con ademán de tomar el micrófono.

Pero Andrés no se lo permitió. Rápidamente le tomó de la muñeca y

se la retorció, aunque procurando no hacerle daño. René intentó librarse de la presa, pero no lo consiguió. Con despecho, tuvo que transigir:

-¡Está bien, tú siempre te sales con la tuya! Quédate con tu secreto, ¡pero suéltame de una maldita vez esta mano!

André le soltó y René, después de hacer unas cuantas fricciones para restablecer la circulación de la sangre, se sentó en el banco, murmurando por lo bajo.

-Lo siento -se disculpó André-, pero debes comprender que esto no es ningún juego de niños.

René no contestó. Viendo que de aquel modo André no le hacía caso, decidió atacarle por otro lado. Estaba dispuesto a enterarse a toda costa de lo que le ocultaba su amigo, y decidió empezar a poner en práctica su plan.

Pero no pudo. De repente sintió unas agudas punzadas en el costado derecho de la cabeza. Contuvo la respiración, esperando que le pasara, pero las punzadas continuaban. «No será nada», pensó, sacudiendo la cabeza. Se puso en pie, y se dirigió al botiquín, tomando una aspirina para ver si se le calmaba.

André, al ver sus maniobras, preguntó si le pasaba algo.

-No -negó, sacudiendo de nuevo la cabeza-. Sólo un ligero dolor de cabeza. Pronto pasará.

En aquel momento sonó el zumbador del altavoz, avisando que deseaban hablar con ellos desde la superficie.

CAPÍTULO IX

Locura de las profundidades

Olvidando momentáneamente todo lo ocurrido, los dos amigos prestaron atención a la voz del profesor Remy.

-Están a una profundidad de cinco mil metros, muchachos; y sin ningún tropiezo. Les felicito; pueden estar orgullosos de ello.

-¿De qué? -contestó André festivamente-. ¿De haber gastado tanto cable?

Por el altavoz se oyeron algunas risas contenidas, y de nuevo la voz del profesor:

-Me alegra que se lo tomen así. De todos modos, creo que ya es hora de empezar a buscar... lo que se pueda encontrar.

-Y si no lo encontramos, ¿qué?

-Les volveremos a subir e intentaremos otra vez un poco más allá.

André se separó del micrófono y se dirigió al ventanal del fondo. Allá abajo se distinguía confusamente la extensión del lecho marino. Volvió al lado del micrófono y habló:

-Vayan soltando cable poco a poco. Ya avisaremos cuando toquemos fondo.

-Está bien. ¡Preparados! -la orden partió hacia el que manejaba la grúa.

Se notó una leve sacudida, y la esfera volvió a descender un poco, deteniéndose luego. Así, con breves intervalos, el batiscafo fue acercándose al fondo marino, hasta casi entrar en contacto con él. André dio la voz de alto, mientras examinaba el barro que cubría la superficie a sus pies. El buscar la Atlántida allí sería una cosa de paciencia. Contando con el lodo que se habría acumulado durante el transcurso de miles de años, las posibles ruinas estarían totalmente cubiertas por él. El único recurso era examinar palmo a palmo el lecho, aunque para ello tuvieran que abandonar el batiscafo y realizar la tarea personalmente.

Comunicó al profesor su decisión, oyendo la conformidad del mismo.

Iba ya a meterse el yelmo para salir al exterior, cuando vio que René cerraba el comunicador y se volvía hacia él. En su rostro creyó adivinar una excitación impropia de su carácter habitual.

-No, amigo. Tú no te vas de aquí sin hablar un poco antes conmigo. Y

ya sabes de qué.

André arrugó el ceño. No le gustaba la expresión del rostro de su amigo, y mucho menos sus palabras.

-Pero René, ¿te has vuelto loco? Tenemos mucho trabajo por delante.

-No, no estoy loco. Simplemente, me está cansando el que te reserves siempre los triunfos para ti solo. Tú siempre has pasado por ser el héroe, mientras yo no hacía nada más que el papel de ayudante. ¡De criado! Siempre me has ganado en habilidad, pero esta vez no estoy dispuesto a dejar que te lo guardes todo para ti solo. Tú sabes algo de importancia, y no me lo quieres decir. Y yo te diré el porqué. Deseas pasearte por delante de Diana como un héroe mitológico, para lograr conquistarla. ¡Quieres ser para ella un gran héroe, el mayor héroe del siglo! Sabes que yo te estoy haciendo sombra, aunque poca, y no estás dispuesto a consentirlo. Pero óyeme bien: yo tampoco estoy dispuesto a permitirlo. ¿Ves lo que tengo en la mano? Es una llave inglesa. Puedo golpearte con ella en la cabeza y dejarte sin sentido, para luego inundar completamente el batiscafo. Todo pasará como un simple accidente. Yo intentaba salir, cuando tú recibiste el golpe en la cabeza. Traté de ayudarte sin darme cuenta de que las compuertas estaban abiertas y el agua entraba a borbotones. Tuve el tiempo justo de colocarme el casco, y cuando quería hacer lo mismo contigo me di cuenta de que ya estabas muerto. O mejor: Les diré que se estropeó el mecanismo de entrada, y que se inundó esto repentinamente. Yo ya tenía el casco puesto, pero tú no y el empuje del agua hizo que te golpearas la cabeza, impidiéndote colocártelo. Sabiendo que soy amigo tuyo y que te aprecio mucho, nadie sospechará. Luego cogeré tu «famosa» carta, y lo sabré todo. Ya ves qué no pierdo nada con ello.

Durante todo el tiempo que duró aquella precipitada retahíla de palabras, André no se atrevió a interrumpir a su amigo. Vio su excitación y comprendió que se trataba de un trastorno, lo que se solía llamar «locura de las grandes profundidades». Intentó sosegarlo.

-¡Rene, por favor, cálmate! Estás diciendo tonterías. ¿Cómo puedes creer que yo intente hacerte esto? Simplemente, creí que no era prudente decírtelo. Si quieres, te lo contaré todo ahora. Cuando quieras que empiece...

-¡Ah! ¡Ahora tienes miedo, ¿verdad? Ya no eres el hombre valiente de siempre. ¡Tienes miedo! Ahora soy yo más fuerte que tú, ¿sabes? Puedo matarte si me da la gana. Y no creas que lo hago por Diana; no, no es por eso.

Al fin y al cabo, ella me importa un pito. Lo que me revienta es que tú, que te dices amigo mío, me hayas hecho esta jugada. ¡Y todo por una mujer! ¡Bah!

Avanzó unos pasos, y André retrocedió hasta llegar a .tocar la pared de la cabina con la espalda. Se apoyó en ella mientras contemplaba fijamente a su amigo.

Lo «locura de las grandes profundidades» solía empezar con un ligero dolor de cabeza, continuando con una excitación febril, que transformaba el carácter y sentimientos anímicos del individuo, confundiendo sus pensamientos y afectos hasta llegar a no reconocer a las personas más queridas y apreciadas. Solía atacar a las personas que realizaban con frecuencia inmersiones, cuando sobrepasaban una determinada profundidad que solía oscilar entre los cuatro y los cinco mil metros. Los médicos explicaban esta clase de locura como debida a la desigual repartición de la sangre en el cuerpo a causa de la diferencia de presión entre el exterior y el interior. Aunque ésta se hubiera logrado contrarrestar con los modernos aparatos, sobrepasada una determinada profundidad, quedaba siempre una ligera desigualdad entre la presión normal y la del interior del traje o cualquier otro aparato que lo supliera, desigualdad que podía apreciarse en un 23/100 de lo normal, o sea, una cuarta parte menos, aproximadamente. Esto hacía que la sangre afluyera en cantidad desacostumbrada en las partes altas del cuerpo, en particular al cerebro. Cuando esto sucedía, y un hombre sentía los primeros síntomas de ella, podía graduar el índice de presión mediante manómetros adecuados. Seguramente René no se había dado cuenta, o bien no le había concedido demasiada importancia, y había sido atacado.

Por esto, debía actuar con rapidez. Si lograba regular pronto el índice de presión, quizá su amigo pudiera salvarse; si no, todo estaba perdido.

Rápidamente se formó un plan de acción. Se apoyó fuertemente con ambas manos al dosel situado a sus espaldas, y se preparó. Cuando su amigo estuvo a una distancia prudencial, distendió con rapidez ambos pies, golpeando fuertemente el estómago de René.

La fuerte coraza de trialtio, capaz de resistir las más altas presiones, hizo nulo el golpe, pero René, sorprendido, retrocedió hacia atrás y perdió el equilibrio. André se aprovechó de esta ventaja y saltó sobre él, arrebatándole la llave inglesa que llevaba en la mano. Tenía que actuar rápidamente, antes de que se repusiera de la sorpresa. La locura de las profundidades atacaba en

particular el nervio óptico, haciendo que las distancias de los objetos se apreciaran deformadas. Aprovechando esta ventaja, esperó él momento propicio y golpeó el mentón de su amigo con el puño revestido de trialtio, calculando con precisión la potencia del golpe para no romperle la mandíbula.

El golpe surtió los efectos deseados, y René quedó tendido en el suelo cuan largo era, perdido por completo el conocimiento.

André se secó el sudor que le perlaba la frente. A pesar de haber concluido todo satisfactoriamente, había pasado un rato de lo peor. Rápidamente se dirigió al panel de mandos, modificando la posición del manómetro para graduar la presión interior. Por suerte, su mayor corpulencia física había hecho que René fuera atacado antes que él, por lo que había podido poner remedio a la situación antes de que fuera demasiado tarde.

-Aquel dolor de cabeza... -murmuró para sí-. Debí haberle prestado un poco más de atención.

Se dirigió hacia el micrófono y conectó con la superficie, relatando lo que había sucedido, aunque omitiendo, naturalmente, todo lo concerniente al motivo de la discusión.

-Permaneceremos aquí abajo hasta que se reponga -terminó-. Mientras, saldré yo solo realizar una ligera exploración.

Conectó el altavoz con la radio portátil de su traje y se dispuso a salir, tras comprobar que René se encontraba bien, aparte del desvanecimiento. Mientras se colocaba el casco, murmuró, dirigiéndose a él:

-Lo siento, amigo, pero te prometo que cuando vuelvas en ti te contaré cuanto deseabas saber.

* * *

Después de abrir la doble compuerta, que formaba una especie de pequeña cámara estanca, André salió al fin al exterior del batiscafo. Desde fuera, y vista a la potente luz de los focos, la esfera parecía un raro monstruo de las profundidades que diseminara luz por sus cuatro enormes ojos. Observó el paisaje que ofrecía el fondo marino, pero no logró descubrir nada. Sólo fango. Se dispuso a dar una vuelta alrededor del batiscafo, y notó que sus pesadas botas se hundían hasta la rodilla en aquel espeso lodazal. Lo que más le sorprendió fue que pudiera sacar las piernas con facilidad del lugar donde las había hundido. Al empezar a andar, una gran cantidad de fango y arena se levantó a su alrededor, siendo pronto abatido por la enorme presión del agua

que gravitaba sobre él. Aunque andaba con facilidad, a la larga cansaba el pesado movimiento de levantar tanto las piernas.

Cuando hubo dado la vuelta al batiscafo, sin encontrar nada que denotara alguna diferencia en aquel inmenso mar de fango, se quedó pensativo. Por aquellos contornos era improbable que hubiera nada. Como el sudor corría a chorros por su frente, intentó secárselo con la mano, encontrándose con el obstáculo del casco. Sonrió. Acostumbrado a sencillos aparatos para relativas, cortas y poco profundas inmersiones, como eran las que realizaban con mayor frecuencia, que cubrían solamente los ojos y la nariz, aquel traje completo de buzo lo había encontrado siempre extraño, no logrando acostumbrarse a él a pesar de haberlo usado en infinidad de ocasiones. «En fin -se dijo-, lo único que podemos hacer es volver. Luego ya veremos». Subió la pequeña escalerilla metálica adosada a la pared del batiscafo y casi hundida ahora en el barro, y penetró en la cámara estanca. Después de despojar el agua, penetró en el interior, encontrando a René todavía inconsciente. Se quitó el yelmo y, dejando tras de sí un reguero de agua, se dirigió al micrófono, abriendo la comunicación directa.

Sentado en uno de los dos bancos, dio el informe de lo acontecido en su salida: absolutamente nada. Hecho, esto, expuso una idea que se le había ocurrido.

-Nos encontramos con que la luz de los focos del batiscafo ilumina solamente un sector de unos doscientos a trescientos metros alrededor. Si tuviéramos que subir y bajar el batiscafo cada vez, perderíamos mucho tiempo en ello. Mi parecer es que podríamos hacer exploraciones más extensas en una. sola inmersión. Para ello, mi plan es el siguiente: Todos los miembros de la expedición, el profesor Remy, Diana, Álvarez, Bonnard y el doctor Marbe, descenderán hasta aquí convenientemente equipados. Bastará para ello seguir el cable que nos une con la superficie. Lo único que tienen que hacer es dejarse caer, y cada doscientos metros detenerse unos minutos para nivelar la presión. Provéanse de cuerdas en la mayor cantidad que puedan. Una vez abajo, uniéndonos todos entre sí, con ellas formaremos un grupo de siete dispuesto en círculo alrededor del batiscafo, y avanzaremos en esta forma hasta que uno de nosotros pierda de vista la luz de su compañero. Así lograremos avanzar un espacio considerable sin necesidad de subir el batiscafo a la superficie cada vez.

«Ahora bien, ustedes son los que han de decidir si están o no conformes con la idea.»

Un breve silencio siguió a la cuestión planteada por André. Al fin, la voz del profesor Remy contestó:

-Conformes. Estaremos ahí dentro de una hora.

André cortó la comunicación, dirigiéndose hacia donde se encontraba su amigo. Sentado a su lado, intentó reanimarlo, cosa que consiguió tras algunos esfuerzos inútiles.

Sentándose trabajosamente en el suelo, René se frotó la mandíbula, mientras murmuraba:

-Pegas fuerte, André... ¿Locura?

No hacía falta preguntar más. No era el primer caso que les había sucedido, y tanto el uno como el otro conocían los efectos posteriores. René recordaba lo sucedido durante el ataque como en una bruma, pero con la suficiente claridad como para saber lo que había hecho. Al gesto afirmativo de André, respondió:

-Perdóname... Pero es que me habías vuelto loco con tu silencio.

-¿Es cierto lo que has dicho de Diana?

-¿De Diana? Espera que recuerde...

-Lo de que no te interesaba un pito.

René se puso en pie, realizando un par de flexiones.

-Hombre, pues... -una ligera sonrisa afloró a sus labios-. En realidad, no sé. No puedo decírtelo. Ya se sabe que en este estado uno dice barbaridades. Aunque quizá, quizá... Tal vez fuera capaz de hacer el enorme sacrificio de dejártela para ti solo.

-Gracias por tu generosidad. Y ahora estira tus orejas al máximo, pues voy a contarte lo que tanta deseabas saber.

-¡Qué? -René frunció el ceño-. ¡No, gracias! Ya he tenido suficiente con un puñetazo.

- ¡Por Dios! Dos días dándome la lata, y estando a punto de matarme por esto, y ahora no quieres ni oír hablar de ello. Escucha bien, porque sólo tenemos una hora de tiempo o menos. Sea como sea...

André se vio interrumpido por la llamada del micrófono de superficie. Dirigióse al panel de comunicaciones, seguido por René, y abrió la comunicación.

-Estamos todos preparados -les llegó la voz del profesor Remy desde arriba-. ¿Cuánto cree que tardaremos en llegar basta ahí?

-Pues... -André hizo un rápido cálculo mental, y respondió-: aproximadamente de media a una hora. Recuerden lo que les he dicho; solamente tienen que dejarse caer, y detenerse a intervalos de doscientos metros durante unos minutos. Para esto solamente tienen que agarrarse al cable del batiscafo y colgarse de él; luego se sueltan de nuevo, y ya está. Enciendan los focos frontales para que desde aquí podamos localizarles cuando se aproximen.

-De acuerdo. Allá vamos.

André volvió a cortar la comunicación, y se enfrentó de nuevo con René.

-No, amigo -le interrumpió éste cuando se disponía ya a hablar-. A pesar de tu buena voluntad, la cual agradezco en el alma, no voy a escuchar nada de lo que me digas. Tómalo como una expiación por lo que ha pasado o como que te dé la gana, pero lo que sí puedes estar seguro es que no deseo saber nada.

-¿Acaso te has molestado?

-En absoluto. Al principio me daba un poco de rabia, pero ya me he hecho a la idea. Por lo tanto, puedes ahorrarte la saliva que ibas a gastar.

-Pero...

-No hay peros que valgan. Lo dicho, dicho está.

André permaneció meditativo unos instantes, y por fin acabó por encogerse de hombros.

-Bien, como quieras. Cuando ya me habías convencido, renuncias. Tú sabrás lo que te haces.

Y dio la espalda a René, como indicando que el asunto estaba concluido totalmente.

Éste, tomando el yelmo de su traje, se lo encasquetó con movimientos precisos y largamente estudiados, enchufando el tubo interior que le suministraría el oxígeno necesario para respirar. Después de comprobar la perfecta afluencia de éste, se dirigió a André, que estaba observando por uno de los ventanales.

-Voy a dar un «paseo» por el exterior. ¿Deseas alguna cosa?

-No, nada en absoluto. Puedes irte cuando desees. Yo me reuniré

contigo dentro de poco.

Oyó cómo se abría la escotilla que comunicaba con la cámara estanca, y el rumor del agua al invadirla. Se volvió de nuevo al ventanal, y observó.

Visto desde el interior de la esfera, el paisaje marino se veía como una zona circular de color marrón, disuelta entre una bruma azul-verdoso que lo semidifuminaba todo. En esta zona circular (el límite al que alcanzaban los reflectores de a bordo), apareció de pronto una figura extraña. Durante el primer momento, André no supo de qué se trataba, hasta que dedujo que no podía ser más que su amigo.

Desde lejos, y en aquel marco brumoso, René solamente parecía una borrosa figura de contornos irregulares, algo encogida, y que levantaba enormemente los pies al andar. A su paso se iban alzando grandes cantidades de lodo, que pronto eran de nuevo vencidas por la presión, volviendo a recobrar su inmovilidad.

Inopinadamente, a André le vino el pensamiento de que estaba contemplando un paisaje extraterrestre. Aquel marco raro, de una llanura pantanosa, no parecía ni mucho menos una parte de la Tierra. Muchas veces habían comentado los dos amigos sobre las extrañas sensaciones que se sienten traspasada la barrera de la superficie del mar, así como en lo maravilloso y sobrecogedor que tiene de por sí el paisaje submarino. Sin embargo, nunca hasta entonces había sentido aquella sensación tan patente de irrealidad, de estar contemplando una escena que podía tener por marco uno de los innumerables planetas que pueblan el espacio.

Pronto desapareció de su vista la imagen de René, y André desechó de sí aquellos pensamientos, procediendo a colocarse también el casco. Después de comprobar el correcto funcionamiento de todos los aparatos, se dirigió a la cámara estanca.

Pronto estuvo en el exterior, observando de nuevo el monótono paisaje a la luz de los focos. «Es extraño -pensó-, pero parece como si algo hubiera cambiado, como si a pesar de su monotonía hubiera algo distinto a antes, algo que hubiera sufrido una etérea, impenetrable transformación».

La figura de René se recortó en aquel momento bajo la luz de los focos del batiscafo. Había ya dado la vuelta completa al aparato, y ahora se dirigía hacia él. Cuando lo tuvo cerca, pudo ver su rostro en el cristal, el cual demostraba una rara excitación.

Por un momento, no entendió las señas que le hacía su amigo con las manos ni el gesto de su cara. Pero pronto comprendió. Llevóse la mano al cinturón, y movió una clavija del cuadro de instrumentos; al instante le llegó la agitada voz de su amigo;

-... creía que no me habías comprendido. Hay que actuar rápidamente. El batiscafo se está hundiendo cada vez más en este lodo. Cuando he salido, la escalerilla del batiscafo estaba semihundida en el barro, y ahora ya ha desaparecido completamente en él.

André comprendió entonces qué era lo que había notado diferente. La primera vez que había salido al exterior, el último peldaño de la escalerilla estaba a ras de suelo. Cuando había regresado, estaba semihundida en el lodo. Y ahora en cambio, al salir de nuevo, había desaparecido completamente. Seguramente arriba habían dejado el cable algo flojo, para evitar que los movimientos del barco tuvieran repercusión en el batiscafo. Había que prevenirles, y rápidamente.

Sin perder un momento, los dos amigos se dirigieron al interior del aparato, llamando a superficie. André dio cuenta de lo que sucedía, y pronto pudieron apreciar un movimiento brusco hacia arriba. Cuando volvieron a salir al exterior, los cuatro soportes inferiores del aparato se hallaban a un par de palmos del suelo. El hoyo abierto por el batiscafo había sido cubierto de nuevo por el fango, y apenas se apreciaba una ligera depresión en el lugar que éste había ocupado.

Después de saltar al exterior, quedando cubiertos por el barro hasta los muslos, los dos amigos procedieron a salir del hoyo donde se había semienterrado, tarea algo difícil debido a la poca consistencia del lodo, que impedía tener ningún punto de apoyo. Cuando, tras varias fútiles tentativas, lograron salir, se observaron el uno al otro, y prorrumpieron de repente en sendas carcajadas. En verdad, tenían una facha muy pintoresca gesticulando de aquel modo con aquellos trajes. René observó:

-¡Estás un poco ridículo, André! ¡Si Diana te ve de este modo, pierde por entero todo su interés por ti!

-¡Pues mira que tú...! ¡Te pareces a un pato después de haber empollado una docena de huevos!

Entre bromas y risas, empezaron a pasear por aquel paisaje, divirtiéndose en arrojarse mutuamente puñados de barro. Parecían dos

chiquillos entretenidos en su juego preferido. De pronto, André observó:

-Nos estamos portando como un par de niños tontos. Será mejor que nos ocupemos de cosas más importantes.

-Sí, es lo mejor.

Observaron alrededor, viendo con sorpresa que apenas se notaban las huellas de los movimientos hechos por ellos. Aquel barro tenía la virtud de reponerse en los sitios donde se producía algún hueco, volviendo a cubrirlo completamente.

-Es raro -observó René-. Apenas se aprecian nuestras pisadas.

-Es natural. La enorme presión que soporta este lodo hace que tienda a igualarse en todas partes.

-Entonces... ¿cómo es que cuando caminamos se levanta esta nube de fango?

-No lo sé con seguridad. Lo más probable es que la fuerza de la inercia y la gravedad se contrapongan, y así se levante por un poco de tiempo.

-Está algo equivocado, André -la voz resonó en sus auriculares inopinadamente. André levantó instintivamente la cabeza, y vio muy arriba unas confusas luces. Aunque el tono metálico de la voz al pasar por los auriculares de los trajes la desfiguraba algo, el tono era el característico del profesor Remy-. No es la fuerza de la inercia, ni mucho menos. Lo que ustedes han tomado por lodo no es más que cadáveres pulverizados de innumerables peces, así como residuos y excrementos de los mismos. Se puede decir que están apoyados sobre un inmenso cementerio.

-¡Zambomba! -exclamó René dando un salto ridículo.

-Estas nubes que tanto le han llamado la atención no son más que las partes más microscópicas de estos restos, las cuales se elevan a pesar de la presión debido a ser tan pequeños.

-Pero esto va contra la lógica -animó André-. ¿No tendría que ser al contrario?

-Sí, así parece, pero no lo es. Estos restos son de animales que viven comúnmente en estas profundidades; por lo tanto, están ya acostumbrados a soportar estas presiones, y para ello tienen las células adaptadas de modo que actúan como contrapeso a la presión, anulándola en parte. Estos dispositivos de las células actúan aún después de muertos los animales, y son los que originan estos fenómenos.

-¿Siendo tan microscópicos?

-Sí. Precisamente lo más maravilloso de la naturaleza se encuentra en estas cosas tan pequeñas. ¿Puede encontrar usted algo más maravilloso que el cienmúltiple ojo de la mosca, por ejemplo, a pesar de ser tan pequeño? Cuando volvamos arriba le mostraré algunos trabajos que he realizado al respecto.

-Gracias por su amabilidad, profesor, pero creo que no será necesario. Le... le creo sin pruebas.

Levantó de nuevo la vista, y pudo observar que las luces estaban ahora mucho más cerca que la vez anterior.

-¿Le gusta esta clase de transporte, profesor? -inquirió.

-Sí; es muy cómoda y muy descansada. Creo que cuando hayamos terminado las investigaciones me dedicaré a practicarla como deporte.

Y se oyó una breve risita. André no necesitó verlo para imaginar el rostro del profesor, riendo tranquilamente su propia observación.

Dio unos pasos atrás, dejando sitio despejado, y esperó a que fueran aterrizando todos los miembros de la expedición, levantando nubes de barro en su caída.

CAPÍTULO X

Frente al umbral

Pocos minutos bastaron para que todos estuvieran reunidos al lado del batiscafo. André observó los colores que distinguían entre sí a los componentes de la expedición: blanco el del profesor Remy, amarillo Diana, violeta Bonnard, rojo Álvarez y negro el doctor Marbe. Junto con ellos dos (verde el suyo y azul el de René), formaban la totalidad de la expedición. Cada uno tenía un color diferente en su traje, a fin de que pudieran identificarse entre sí aún a distancia. Parecía como si alguien se hubiera entretenido en distribuir algunos de los colores con una cierta ironía. Para el inocente profesor Remy, el blanco, el rojo para el codicioso Álvarez, el amarillo para la esplendorosa Diana, y finalmente (¡cómo no!) el negro para el doctor Marbe, inculcador de malos presagios.

Sí; allí estaban todos, dispuestos cada cual a cumplir su cometido. André estaba deseando saber dónde terminaría aquella aventura... si es que terminaba en algún lado.

Al parecer, poco antes de descender se había modificado el plan de operaciones a seguir. Uno de los componentes, el doctor Marbe en concreto, llevaba atado a la cintura un cable que ascendía hacia la superficie. El profesor Remy, al observar la mirada de André, explicó:

-El doctor Marbe ha sugerido un nuevo sistema, que creemos será más eficaz que el que usted nos había propuesto, Lombard. Se trata de permanecer en constante comunicación con la superficie mediante un cable telefónico. Así podremos dar continuamente nota de nuestros desplazamientos al buque, y éste podrá seguimos en nuestras evoluciones, evitando así el tener que subir tantas veces.

André asintió, comprendiendo el nuevo plan. Efectivamente, lo que al principio le pareciera un simple cable no era más que un hilo telefónico, puesto en comunicación con una batería y un diminuto amplificador situado en el cinturón del traje de inmersión del doctor Marbe.

-Constantemente -siguió explicando el profesor- radiaremos nuestra situación y nuestros movimientos, y el barco nos irá siguiendo, arrastrando consigo el batiscafo, que nos servirá de guía y de punto de referencia. Seguiremos un cierto método para esto. Los...

Rene dejó de prestar atención a lo que decía Remy, al ver que una de

las figuras le hacía señas, algo apartada del resto del grupo. Observó su color, relacionándolo con su portador: amarillo, Diana. Extrañado, se dirigió hacia el lugar donde ésta se encontraba.

Observó el gesto de la muchacha, y comprendió lo que le quería indicar. Cerró el contacto general, y enchufó un corto tubo que llevaba colgando del cinturón con otro idéntico que poseía Diana. Así, mediante aquel dispositivo, quedaban aislados del resto del grupo, pudiendo mantener una conversación privada sin que se enteraran para nada los demás.

-Tengo algo que decirle, René -empezó Diana-. Cuando íbamos a descender, he observado que Álvarez tomaba una pistola que había traído oculta hasta entonces, y la ocultaba en uno de los bolsillos impermeables de su traje. No sé, pero me parece que sus intenciones son muy oscuras.

-Así parece -contestó mecánicamente René, preguntándose porqué Diana le habría escogido precisamente a él para comunicarle aquella noticia. «Quizá desee quitarse un peso de encima» pensó. André estaba muy ocupado atendiendo a las explicaciones del profesor, y sólo él quedaba algo al margen del asunto. «Bonito mochuelo me has colgado, ricura», filosofó. Bueno, aquello era algo que habría podido decírselo a su padre.

-¿Por qué me lo ha contado precisamente «a mí»? -preguntó pensando en aquella idea-. Podría habérselo dicho a su padre.

-Sí, ya lo sé, pero no tuve tiempo. Compréndame, René; desde un principio me ha sido antipático ese Álvarez, y...

-Bueno, pero el que le sea antipático no quiere decir que sea un feroz asesino o algo por el estilo.

-Ya lo sé, pero... ¡Oh, no sé cómo explicárselo! Sospecho que aquí va a pasar algo, y no quiero...

-No quiere cargar usted con toda la responsabilidad de lo que pueda pasar por no haber dicho nada, ¿verdad? No tema, al parecer no es usted sola la que está preocupada por esto.

-¿Usted también lo ha notado?

-Hombre, pues... lo que es precisamente yo, no. Pero parece que André husmea algo raro, aunque siendo tan reservado como es él...

Y dejó la frase en suspenso, como queriendo indicar que él no tenía la culpa de nada. La muchacha asintió con la cabeza, y lanzó un suspiro.

-Bueno, ahora estoy un poco más tranquila, sólo que...

Al ver que en aquel momento los del grupo se dispersaban, René hizo un rápido movimiento separándose de la muchacha, a la par que tiraba del tubo de comunicación, que se desprendió fácilmente.

Al acercarse a los demás, André se dirigió hacia él y le susurró por lo bajo:

-Haciéndole el amor a espaldas mías, ¿eh?

René hizo un gesto vago, y se alejó silbando. Al pasar de nuevo cerca de Diana, notó la mirada que le dirigía ésta, y comprendió que había oído por el comunicador general lo que le había dicho André. Hizo un gesto de impotencia, y se alejó.

* * *

Durante más de una hora se procedió a la búsqueda del continente perdido. Constantemente iba Marbe comunicando con el buque, que los iba siguiendo en todos sus movimientos. Aunque no pudieran distinguirlo, todos lo imaginaban como un ángel guardián, suspendido allá arriba, que los vigilaba y les protegía, dándoles ánimo y empuje para continuar la búsqueda.

El grupo iba en formación, en una especie de línea o frente del cual el doctor Marbe ocupaba el centro. A su derecha formaban Álvarez, Bonnard y Diana, mientras en el ala opuesta iban Remy, André y René.

Fue Bonnard el primero que lo vio. Habrían recorrido ya más de un kilómetro por aquel lodo espeso, cuando de repente el capitán se detuvo, lanzando un grito de triunfo. Señaló hacia su izquierda, y empezó a saltar y bailar grotescamente, gritando y gesticulando como un condenado.

-¡Allí, allí está! ¡La hemos descubierto! ¡Hemos descubierto la Atlántida! ¡Al fin la hemos descubierto la Atlántida! ¡Al fin la hemos encontrado!

El frente se deshizo, y todos acudieron a contemplar el descubrimiento. En efecto, a lo lejos, entre la bruma espesa del agua, a la luz incierta de los focos frontales, se distinguía una especie de muralla romana, de más de cien metros de altura. No cabía duda de que aquello «era» el continente perdido de la Atlántida. Al fin, ojos humanos lo contemplaban.

La voz de Bonnard, hablando atropelladamente, los ensordecía:

-...dirigí la vista casualmente hacia allí, y lo vi a la luz de mi casco. Fue sólo una impresión fugaz, pero lo bastante clara como para volver a centrar mi atención en aquel lugar. No cabe duda de que lo es. Ya me imagino

los periódicos publicando la noticia en primera página, con grandes titulares... Es el descubrimiento del siglo; nos haremos ricos, millonarios, todo lo que pueda concebirse. Por fuerza tenía que encontrarse, y teníamos que ser nosotros los que lo hiciéramos. Estaba predicho; yo ere...

Se interrumpió así, bruscamente, con una brusquedad que sobresaltó a todos. Sus ojos estaban fijos en la silueta del doctor Marbe, y los demás, como hipnotizados, siguieron la ruta de su mirada. El profesor Marbe, luciendo su sonrisa más beatífica, contemplaba la lejana muralla. ¡Pero a su lado, el cable telefónico que hasta entonces les comunicara con la superficie yacía fláccido a sus pies, limpiamente cortado a los pocos centímetros de su arranque!

-¡Doctor! -la voz del capitán Bonnard les llegó como un trueno a través de los auriculares-. ¡Ha cortado el hilo!

-Efectivamente -respondió Marbe, como si la cosa no tuviera la menor importancia-. No me interesaba que en la superficie se enteraran del descubrimiento.

La respuesta dejó fríos a todos. El doctor Marbe, con su encantadora sonrisa en los labios, parecía la estatua de la beatitud. Sin embargo, en su mano todavía lucía el cuchillo con el que había cortado el resistente cable.

-Bien, será mejor que vayamos a observar de cerca esta maravilla.

Nadie se movió. Sin haberse repuesto totalmente de la sorpresa, el profesor Remy se dirigió a Marbe:

-Pero... ¿por qué lo ha hecho?

-¡Oh, por favor! Acabamos de descubrir la maravilla del siglo, y no saben hacer nada más que preguntar el porqué de haber cortado un simple cable. No creo que éste sea el momento propicio para esto.

-Pero el cable...

-¡Está bien, tienen razón! Según la lógica, yo no debía de haberlo hecho. Pero en la superficie no deben enterarse de esto. Cuando volvamos arriba se lo explicaré todo con más detalle. Ahora... ¿vamos?

Sorprendidos por la actitud del doctor, iban ya a ponerse en marcha, cuando la voz de André los detuvo a todos.

-¡Un momento! -se adelantó unos pasos, acercándose a Marbe-. No nos moveremos de aquí hasta que nos haya dado una explicación satisfactoria de su actitud.

-¡Está bien! Veo que son tercos. Recibí órdenes superiores para que

nadie excepto nosotros se enteraran de los descubrimientos que hiciéramos. Motivos de seguridad. ¿Satisfecho?

-No. ¿De quién partieron estas órdenes? ¿Por qué no las formularon al profesor Remy junto con las demás?

-¡Oh, no! ¿Acaso piensan que un simple arqueólogo como yo pueda hacerles algún mal a ustedes, que son seis?

Por unos momentos, André quedó sorprendido, sin saber qué responder. Pero se repuso rápidamente:

-No, doctor; pero me gusta saber lo que hago.

-Con sinceridad, a mí también. Sin embargo, ahora tardaría demasiado en explicarme, y las cargas de oxígeno no son eternas. ¿Seguimos o volvemos a la superficie?

Todos se miraron entre sí. Aunque nadie habló, todos acordaron tácitamente seguir adelante. El momento era demasiado trascendental para retroceder. André dio la respuesta:

-Está bien; sigamos.

De nuevo se pusieron en marcha. Por el camino, André iba pensando en la insólita acción de Marbe. ¿Habría sido un caso de locura? Pero no, estaba demasiado tranquilo para ello. Más bien parecía ser otro el motivo. Por ejemplo, reservarse todo el triunfo para él. O quizá para llegar a realizar sus manejos. Porque aquello bien podía ser un eslabón más en la cadena de sus suposiciones. Al doctor no le interesaría que se supiera el descubrimiento...

Observó a los demás. Aunque a algunos no los podía ver con claridad, se podía adivinar en todos ellos un asomo de desconcierto, de sospecha. Fuera cual fuere el fin que se propusiera, aquel había sido un paso en falso por parte del doctor. A menos que...

Pero no, no podía deshacerse de ellos. Además de que no parecía tener sentido, no hubiera podido hacerlo. Como había dicho muy bien él mismo, eran seis contra uno. ¿O quizá Álvarez y Bonnard...? Era aquel el único sitio donde encajaban. Por si acaso, sería mejor prevenirse.

E, instintivamente, en un ademán maquinal palpó la pistola a presión que llevaba en el bolsillo inferior de su traje de inmersión....

Apenas tardaron cinco minutos en llegar a su destino. Durante la marcha, no se habían cruzado entre sí ninguna palabra. En todos los ánimos había un deje de desconfianza. Cosas que hasta entonces habían pasado

desapercibidas eran ahora recordadas por todos, y los ánimos se habían retraído. Las siete personas que hasta entonces habían bromeado entre sí se miraban ahora con precaución, recelando la una de las otras. El único que se encontraba impasible era el doctor Marbe. Al frente de todos, marchaba tranquilamente, sin preocuparse del desconcierto que había sembrado a su alrededor.

Cuando llegaron cerca de la muralla, pudieron observar un hecho curioso. Aquella formidable estructura se encontraba asentada en roca firme, sin apenas un dedo de lodo. Y entonces pudieron observar que hasta entonces habían estado bajando por una suave pendiente, formada por el mismo lodo, que en la parte superior llegaba a alcanzar más de los cien metros de espesor.

-Es extraño -murmuró el profesor Remy-. Parece como si nos encontráramos en el interior de un embudo cuyo centro fuera la muralla...

Todo lo acaecido antes había sido olvidado. Ahora, la única preocupación existente era aquel problema. ¿Cuál era el motivo de que aquel continente hubiera permanecido intacto, sin apenas acumularse lodo encima, mientras a su alrededor éste alcanzaba tanto espesor?

-No lo comprendo, pero es cierto. Lo estamos viendo.

André reconoció la voz de su amigo. Verdaderamente, él mismo estaba sorprendido. Aquello parecía un imposible, y sin embargo...

-Bien. Será mejor que pasemos a examinar la muralla y, si podemos, el interior.

Nadie se opuso. Automáticamente, Marbe había tomado la dirección de la expedición. Sin ningún comentario, los demás se pusieron en marcha.

Tardaron unas buenas dos horas en rodear la muralla, de gran extensión, André calculó que tendría unos cinco kilómetros de diámetro como mínimo, aunque en realidad no era del todo circular. Más bien formaba una elipse, con un foco más pequeño que el otro. «Se parece a un huevo», pensó.

Cuando volvieron al lugar donde habían empezado a rodearla, se miraron perplejos. Ni una puerta, ni un orificio o señal que pudiera indicar entrada o algo semejante. Aquella portentosa obra de ingeniería era algo desconcertante. ¿Cuál era su misión? ¿Dónde se encontraba el acceso a su interior?

Fue Marbe el primero en hablar.

-Supongo que el acceso al interior se efectuará mediante un túnel

subterráneo. Creo que lo mejor será explorar los alrededores.

Nadie se opuso. Habían acontecido los hechos con tanta rapidez, que sus mentes eran una confusión de ideas. Ante lo desconocido todos se encogían, pensando en su oculto significado. Aquello que tenían ante sus ojos era tan grandioso, que lo más disparatado parecía pura lógica. Por esto, lo único que hicieron fue asentir en silencio, siguiendo los pasos del doctor.

Éste, después de echar una ojeada a su alrededor, se dirigió hacia un lugar donde la capa de lodo formaba una súbita depresión. Los demás, sin hacer ninguna objeción,, le siguieron.

Apenas llegar, todos se dieron cuenta de que allí se encontraba la verdadera entrada a la maravillosa ciudad que sin duda sería Atlantis. Y entonces todos parecieron despertar de la especie de sueño en que habían estado aletargados, y a todos se les agolparon en la boca una gran cantidad de preguntas, que nadie en aquellos momentos podía contestar.

El doctor Marbe levantó los brazos, reclamando silencio.

-Señores, nos encontramos en el punto crítico. Sin duda éste es el paso que nos conducirá hasta el interior de esta maravillosa ciudad. No me pregunten cómo me he dirigido directamente hacia aquí, pues no podría responderles. Digamos que ha sido una... una intuición. Comprendo que ustedes desearían preguntar muchas cosas, pero yo ni podría ni sabría contestarles. Creo que lo mejor será explorar esto, y cuando volvamos a la superficie ya lo discutiremos con detenimiento entre todos.

Todos hicieron señas afirmativas, demostrando que estaban conformes con aquellas palabras. Y el doctor Marbe finalizó su breve discurso con una sola palabra:

-«Adelante».

La emoción atenazaba al reducido grupo de expedicionarios. Siguiendo al doctor, todos descendieron por las gastadas escaleras, talladas en piedra viva, que se adentraban en la tierra. La oscuridad fue pronto disipada por los haces de los proyectores frontales, y todos pudieron ver que caminaban por un ancho túnel cuyo final no se distinguía. Las paredes, de forma casi tubular, eran de roca viva, llenas de inscripciones extrañas. El profesor Remy se detuvo un momento para observar mejor una de ellas, pero la voz del doctor Marbe le retuvo en su acción:

-Será mejor seguir adelante. Yo también siento curiosidad, y más

siendo ésta mi profesión, pero ya tendremos tiempo todos de curiosear una vez concluida la exploración.

Siguieron descendiendo por el túnel, hasta que las escaleras terminaron bruscamente. Ahora el pasillo era horizontal, y las paredes no eran ya de piedra, sino de un raro metal parecido al aluminio, totalmente liso.

Los expedicionarios detuvieron su marcha, contemplando extrañados aquel raro metal. André, por su parte, pasó su vista por las paredes, luego por el suelo, por los últimos peldaños de la escalera...

Y de pronto se detuvo en un rincón. Se quedó allí prendado por unos momentos, y después volvió a alzarse, deteniéndose en cada uno de los restantes expedicionarios. No, nadie parecía haber visto lo que él acababa de divisar.

Bruscamente, como si acabara de sufrir un resbalón, se dejó caer al suelo. Como buscando un punto de apoyo, su mano se deslizó hacia el lugar que había merecido su atención, y sus dedos recogieron de allí un objeto. Luego, como recobrando a duras penas el equilibrio, volvió a ponerse en pie. Sonriendo, como si se disculpara, murmuró:

-Este metal parece resbaladizo...

Nadie prestó atención al incidente. Se reanudó la marcha y André, abriendo la mano, observó el objeto que había recogido y que le había llamado tanto la atención.

Allí, en su mano, a la luz del foco frontal, podía verse un pequeño objeto cilíndrico. Una diminuta pila eléctrica, ya gastada, en cuyo fondo se podían apreciar claramente las siguientes palabras:

MADE IN GERMAY

Y André, cerrando fuertemente la mano, detuvo con brusquedad su marcha. Porque, si su vista no le había engañado, aquella pequeña pila eléctrica, usada corrientemente para alimentar las diminutas emisoras portátiles de bolsillo, había sido fabricada en Alemania. Y en este caso, ¡alguien, antes que ellos, había descubierto aquel mismo lugar, y había transpuesto el umbral de la Atlántida!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

178

Los expedicionarios se encuentran ahora en el umbral de la Atlántida. Más allá, hay la incógnita, el misterio. ¿Cuál será la respuesta de todos sus interrogantes? No hay nadie de entre todos los miembros de la expedición que pueda adivinarlo. Ni usted, lector. Porque el origen de todo ello se encuentra en

LOS HOMBRES DEL MAS ALLA

Todo había sido planeado de antemano, hasta los más mínimos detalles. Y los expedicionarios no sospechaban siquiera que estaban siendo arrastrados como marionetas hacia una aventura inolvidable, cuyo final no podían predecir...

P. DANGER

el autor que le ha sorprendido en más de una ocasión por lo extraordinario de sus temas, vuelve ahora a dar un giro inesperado al relato, ofreciéndole una nueva faceta del mismo que usted ni siquiera hubiera podido imaginar. Una nueva faceta que le conducirá a través de otros mundos, guiado por la mano de

LOS HOMBRES DEL MAS ALLA

Acompañe usted a los expedicionarios en su fantástico viaje, adquiriendo el próximo volumen de esta colección. Y no olvide que es un título avalado por un nombre que es prestigio dentro del campo de la "science-fiction"

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notes

[←1]

El más renombrado autor antiguo que menciona en sus escritos el continente de la Atlántida es el filósofo Platón, en sus diálogos nombrados “Timeo y Critias”.

[←2]

No se puede precisar con exactitud la época en que se hundió la Atlántida. Sin embargo, los modernos geólogos creen que fue simultánea a la elevación de otras tierras como el desierto del Sahara y el mar de Libia. Así se cree que estos relatos fueron recogidos por los antiguos egipcios, los cuales los transmitieron en sus escritos hasta llegar a manos de los griegos, de quienes Platón tomó su idea para escribir sus inmortales “Diálogos”.

[←3]

En la actualidad, el récord de inmersión, con batiscafo, está constituido en 10.900 metros. Este récord lo logró, en enero de 1960, Augusto Piccard, con su batiscafo "Trieste", el cual iba al mando de su propio hijo, Jacques Piccard. El descenso se efectuó en la sima de las Marianas, la más profunda de las conocidas hasta la fecha.

[←4]

El águila imperial, una figura de águila bicéfala en posición erguida, es el símbolo del imperio. En la época de este relato, el autor supone Francia como una monarquía, lo cual no es cosa del todo imposible. Por lo tanto, tanto el mencionado escudo como algunas afirmaciones posteriores al respecto, no son más que puras suposiciones imaginativas, debiendo entenderse siempre en este último sentido.

[←5]

Totalmente verídico.

[←6]

Realmente, el nombre de Atlántida no es más que fruto de la leyenda, por lo que no puede afirmarse que sus habitantes le dieran este nombre. Sin embargo, ante el desconocimiento o incertidumbre, el autor ha escogido éste (Atlantis o T'lantis, como se designará más tarde en el curso de este relato) por creer que es el que más se acopla a la antigua fonética y escritura incas. Naturalmente, esto no pasa de ser un recurso sin ninguna clase de fundamento científico.

[←7]

Cuando Pizarro y los suyos llegaron por primera vez al Perú, se encontraron con un pueblo civilizado, que sabía cultivar sus campos y sus ganados, en lugar de unos bárbaros como esperaban. Aunque la historia aluda esta civilización al genio del cacique indio Manco-Capac, fundador de la dinastía de los incas, las leyendas de éstos dicen que sus antepasados habían vivido en estado salvaje, hasta que el dios Sol se apiadó de ellos y les envió seres sobrenaturales que los educaran. Ésta podría ser muy bien la historia de la gran emigración atlante al continente americano.

[←8]

La alusión del doctor Marbe está dirigida a que Colón no emprendió su viaje en busca de las Américas, sino de una nueva ruta hacia las Indias Orientales. El descubrimiento de América, por lo tanto, fue debido a la casualidad, ya que el propio Colón creyó que lo que había descubierto era una parte de las Indias que él esperaba encontrar, e incluso murió en tal creencia.